

UNGIDOS CON DETERMINACIÓN



Oswaldo Rebolleda

UNGIDOS CON DETERMINACIÓN



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Escrito en **Estados Unidos**

Edición general: **Kingdom Center**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGE**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La unción transformadora.....	11
Capítulo dos:	
La determinación Divina.....	26
Capítulo tres:	
Determinados en Dios.....	39
Capítulo cuatro:	
La determinación del Ungido y sus seguidores.....	56
Capítulo cinco:	
La determinación apostólica.....	71
Capítulo seis:	
Los enemigos de la determinación.....	83

Capítulo siete:

Ungidos con determinación.....95

Conclusión Final.....108

Reconocimientos.....112

Sobre el autor.....114



INTRODUCCIÓN

“Yo te pido que seas fuerte y valiente, que no te desanimes ni tengas miedo, porque yo soy tu Dios, y te ayudaré por dondequiera que vayas.”

Josué 1:9 TLA

Vivimos tiempos muy especiales, tiempos en los que el mundo está verdaderamente convulsionado y la Iglesia no sabe muy bien cómo interpretar todo lo que está sucediendo. El cambio de nuestra generación ha sido tan repentino como espiritualmente salvaje. En medio de una revolución tecnológica que pretende facilitar una vida más rápida en todos los aspectos, hemos perdido el control del tiempo.

Hace apenas unos años, todo era más lento, no solo los vehículos, sino también los medios de comunicación y los servicios. Supuestamente, todo está diseñado para que vivamos con mayor efectividad, pero extrañamente las personas parecen tener menos tiempo. El día, la semana, el mes o incluso los años, se escurren a una velocidad vertiginosa.

La mayoría recibe el año nuevo como un punto de partida para nuevos proyectos y sueños por concretar, pero cuando queremos reaccionar, ya estamos en la mitad del año. Y cuando intentamos acomodarnos, entre planes y conflictos,

nos encontramos otra vez a las puertas de un nuevo ciclo. Todo pasa muy rápido, y nadie sabe bien cómo manejar esta situación. Quisiéramos detener el mundo por un instante y ubicarnos con claridad, pero parece que eso no ocurrirá.

Como hijos del Altísimo, recibimos palabras proféticas y albergamos proyectos que creemos que Dios mismo respaldará. Pero las actividades cotidianas, los compromisos familiares, laborales o sociales, nos mantienen atrapados en la rutina, como si un cinturón de seguridad invisible nos sujetara e impidiera avanzar.

Este libro tiene como propósito despertar a los ungidos de Dios para que, con determinación y autoridad, puedan romper toda limitación personal y avanzar con fortaleza espiritual hacia lo que el Señor ha preparado para sus vidas. El propósito divino no se cancela, pero muchos lo están desestimando: algunos, por frustración, se creen incapaces de concretarlo; otros, simplemente, no saben cómo hacerlo.

Un gran porcentaje de los hijos de Dios en esta generación, se siente desanimado o confundido sobre cómo avanzar. Este libro será para todos un soplo de ánimo espiritual para destrabar situaciones. Hay demasiadas promesas incumplidas, llamados inconclusos y sueños archivados. No por falta de dones, ni por escasez de oportunidades, sino por falta de determinación.

En medio de la inestabilidad espiritual y emocional de este tiempo, urge levantar creyentes firmes, decididos y

lentos del Espíritu Santo, que comprendan que han sido ungidos para avanzar, no para retroceder ni permanecer atrapados en la monotonía.

Dios sigue ungiendo personas, no para que vivan experiencias aisladas de poder, sino para que caminen con propósito y convicción. La unción del Espíritu Santo no es un accesorio espiritual: es la fuerza de Dios obrando en vasos humanos para cumplir planes eternos. Es poder, sí, pero también es dirección. Es gozo, pero también firmeza. Es consuelo en la prueba, pero también coraje frente al enemigo.

La determinación espiritual no es simple terquedad humana; es fruto de haber sido llenos del Espíritu Santo, de haber visto algo de Dios y no estar dispuestos a conformarse con menos. La Biblia está repleta de hombres y mujeres que marcaron su generación, no porque fueran extraordinarios, sino porque la unción los capacitó para mantenerse fieles, constantes y activos, incluso cuando todo parecía estar en su contra.

La Palabra nos revela sus procesos y sus decisiones, y es claro que debemos tomar sus ejemplos. Pero lo distinto que propongo aquí, es que podamos aplicarlos verdaderamente a nuestra realidad. El problema es que la sociedad y la cultura actual poco tienen que ver con las de los tiempos bíblicos. Por eso, muchos oyen mensajes sobre Noé, Abraham, José o Moisés, pero luego no saben cómo aplicar esas verdades a sus propias vidas. Esto sucede porque no se

han situado correctamente en el Pacto que debe determinar nuestra consciencia y forma de vivir.

Cuando observamos a los personajes bíblicos, vemos que, a pesar de las dificultades que enfrentaron, los que realmente eran de fe, demostraron su determinación y recibieron la aprobación de Dios. En este libro tomaremos lo mejor de ellos y lo integraremos con las virtudes del Pacto en el que nosotros vivimos, para comprender que no hay excusas que valgan: debemos caminar sin claudicar hacia el propósito eterno que tenemos en Cristo.

Hoy en día, muchos creyentes se sienten estancados. No porque no amen a Dios, sino porque no han aprendido a caminar en la unción que portan. Muchos comienzan con entusiasmo, pero abandonan ante el primer obstáculo. Hablan de sueños, pero no dan pasos concretos hacia ellos. Desean hacer la voluntad de Dios, pero les falta constancia para sostener una íntima comunión con Él. Como resultado, no comprenden lo que deben hacer y carecen de revelación respecto a la autoridad y al poder que se les ha conferido.

Esa pasividad de quienes, año tras año, solo planifican pero nunca alcanzan, es uno de los grandes males de este siglo. Por eso considero este material no solo necesario, sino también esclarecedor. Todos necesitamos un impulso para avanzar, pero hay hermanos que lo necesitan con urgencia. Por eso, estoy persuadido de que este libro será de gran bendición para todos los que lo lean, sin excepción.

Este material no es solo una reflexión, es una exhortación amorosa, un llamado urgente y una palabra profética para los hijos de Dios en este tiempo. Es un mensaje para aquellos que saben que fueron llamados para más. Para quienes ya no desean vivir una fe de emociones pasajeras, sino formar parte de la historia de Dios con una vida coherente, firme y fructífera.

La determinación es un rasgo específico del carácter que puede desarrollarse y cultivarse bajo la guía, la supervisión y la obra del Espíritu Santo. En este glorioso Pacto que vivimos en Cristo, no tenemos excusas para dejar de activar nuestro potencial espiritual. Es cierto que hoy muchas personas caen en la apatía, la frustración o incluso en la depresión espiritual, pero los hijos de Dios contamos con la capacidad del Espíritu; solo debemos aprender a gestionar nuestra fe en Su poder.

El Espíritu Santo no solo está con nosotros; quiere llenarnos de fuerza interior, prender en nosotros una llama que no se apague, impulsarnos con una energía renovada y constante. Él desea guiarnos con sabiduría y valor, para que cumplamos con excelencia nuestro propósito en esta vida.

Los tiempos que vivimos nos exigen determinación. Es vital que dejemos de huir de nuestras responsabilidades con el Señor; que ya no sigamos posponiendo proyectos, ni vivamos de recuerdos o buenas intenciones. Ha llegado el momento de levantarnos y decir: *¡Señor, úngenos con*

determinación y usa nuestra vida para alabanza de Tu gloria!

Este libro no trata solo de inspiración, sino de alineación. De oír la voz del Espíritu y tomar una decisión firme: *“Ya no viviré dudando. He sido ungido... y viviré con determinación.”* Considero que este libro está cargado de sabiduría espiritual para que Dios despierte en cada lector la revelación necesaria para una vida efectiva. Solo espero que puedan dedicarle unas horas de calidad. Estoy seguro de que será de gran bendición para todos.

“Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios, sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos.”

Efesios 5:15 y 16



Capítulo uno

LA UNCIÓN TRANSFORMADORA

“Dios es el que nos mantiene firmes en Cristo, tanto a nosotros como a ustedes. Él nos ungió”

2 Corintios 1:21 NVI

Cuando alguien logra una meta que se ha propuesto en la vida, de esas que implican un gran esfuerzo, como una carrera profesional, la apertura de un negocio propio, la compra de una vivienda o una conquista deportiva, al mirar hacia atrás encontrará que una de las condiciones personales que lo ayudaron a alcanzar ese objetivo fue la determinación. Sin determinación, no hay posibilidad de lograr ninguna meta importante.

Al recordar el camino que condujo a esos logros personales, reconocerá la dedicación, la entrega y el esfuerzo que se necesitaron para alcanzar esa meta, y también experimentará una renovada esperanza para perseverar en pos de nuevos desafíos. Mucha gente, sin embargo, queda en

el camino de sus proyectos; sus visiones de vida se convierten en perversos espejismos que parecen alejarse día tras día, hasta volverse inalcanzables.

Quienes han renunciado a sus metas, al observar hacia atrás, se dan cuenta de que perdieron el interés o la confianza en sí mismos; advierten que se quedaron sin fuerzas para continuar, o que se complicaron y adoptaron decisiones que los alejaron del camino. Es decir, en algún punto de sus vidas, la determinación se desvaneció y apareció el fracaso.

Esto es absolutamente natural y puede observarse en todas las personas. Todos tenemos metas desafiantes, y en etapas fundamentales de nuestra vida, esas metas suelen ser ambiciosas. Sin embargo, solo un pequeño porcentaje de personas puede decir orgullosamente que ha alcanzado sus sueños, mientras que una gran mayoría puede relatar los detalles de sus metas no cumplidas.

Entonces, ante los sueños que todos perseguimos, podríamos preguntarnos: ¿Podemos canalizar nuestra fuerza de voluntad y lograr todo lo que nos proponemos? ¿Es la determinación una habilidad que se puede adquirir? ¿Esta fuerza interior es algo que solo poseen algunas personas desde su nacimiento? Para quienes no tienen a Dios, estas preguntas pueden ser difíciles de responder. Pero para los hijos de Dios, veremos que todo es diferente.

La definición de determinación implica una firme sensación de propósito y compromiso para alcanzar metas o

seguir un camino definido. Es el acto de perseguir con éxito un objetivo específico, o diría que es la fuerza interior que nos impulsa a lograrlo.

Etimológicamente, la palabra “determinación” proviene del latín “*determinatio*”, que a su vez deriva del verbo “*determinare*”. Este verbo está compuesto por el prefijo “de”, que indica dirección descendente o separación, y terminare, que significa “limitar” o “señalar límites”. Por lo tanto, determinación puede entenderse como la acción de poner límites o concluir algo, resultando en la fijación de una resolución o decisión.

Pero ¿qué significa la determinación en la práctica? Supongamos que alguien decide estudiar la carrera de abogacía. Investiga los programas, solicita admisión en una universidad acreditada y, una vez aceptado, comienza sus estudios. Para magnificar el ejemplo, pensemos que esta persona está recién casada y además tiene un trabajo para sostener su hogar.

Trabajar, estudiar y mantener una familia es, sin lugar a dudas, un desafío demoledor. Sin embargo, algunos lo logran, porque no es algo imposible. Imaginemos que nuestro personaje, con disciplina, perseverancia y, lógicamente, determinación, logra recibirse, avanzando hacia un futuro más próspero para él y su familia.

Como contraparte, pensemos en un joven sin ocupación, sin familia que mantener y con padres dispuestos

a apoyarlo para que estudie. No obstante, este joven, más interesado en divertirse con sus amigos que en estudiar responsablemente, abandona la carrera. Tras varios años de fracasos en los exámenes y con promedios muy bajos, dice a quien quiera escucharlo que la carrera es muy difícil y que, en su caso particular, todo se complicó por diversas razones. Sin embargo, es evidente que le faltaron enfoque y determinación.

Casos como estos los vemos por todas partes. Hay quienes, enfrentando grandes adversidades, logran grandes conquistas, y otros que, teniendo todo a favor, simplemente fracasan. Sin embargo, por el conocimiento que he adquirido durante mis años de servicio a Dios, sé que quienes hemos recibido la gracia de la vida y de la unción divina, no podemos ser parte de las estadísticas negativas, sino de aquellos que logran incluso lo que parece imposible.

Las personas determinadas están tan comprometidas con sus metas que se mantienen inquebrantables ante las dificultades que puedan enfrentar. Puede que sufran más adversidades que otros, pero siguen adelante sin claudicar. Son derribados, sienten temor y dudan como cualquiera, pero poseen una virtud especial: vuelven a ponerse en pie y siguen avanzando.

Establecer metas que nos inspiren es un proceso profundamente personal, y cada persona tiene objetivos diferentes. Pero los hijos de Dios buscamos alinearnos con el propósito divino, y eso lo cambia todo. La gran diferencia es

que las metas personales pueden ser loables y distinguidas, pero no siempre encuentran respaldo de Dios; en cambio, las metas ajustadas al propósito que tenemos en Cristo están auspiciadas por la autoridad y el poder divino.

Entonces, ¿qué hace que una meta sea verdaderamente significativa? El mundo sostiene la teoría de la autodeterminación como fundamento de las metas trascendentes. Y está bien: humanamente, cualquiera puede definir su futuro con su actitud. Pero las metas basadas en el propósito divino trascienden hacia la eternidad, y eso lo transforma todo. Porque las primeras se impulsan con la fuerza del éxito personal, mientras que las segundas ponen a Dios en el podio de la gloria.

Los psicólogos sugieren que el deseo intrínseco de las personas de sentirse bien y de crecer alimenta la fuerza de voluntad, y que ese deseo es el que las impulsa a intentar alcanzar ciertas metas. En el Reino, ese principio es transformado, porque el conocimiento de Dios como Señor coloca en segundo plano nuestros deseos naturales, al ser reemplazados por la voluntad impartida por el Espíritu Santo.

Es decir, mientras que la teoría de la autodeterminación sitúa los deseos personales como fundamento de los proyectos, la verdad del Reino establece como base la perfecta voluntad de Dios. Esto no ocurre violentando los deseos humanos ni suplantándolos de forma autoritaria, sino como resultado de la adoración nacida en la profunda comunión con el Señor.

En otras palabras, alguien puede tener muy claras muchas cosas que desea para su vida, pero si ha sido alcanzado por la gracia y vive buscando una íntima comunión con el Señor, irá despejando su mente de incontables ideas, para dar paso a las ideas divinas. Ideas que no son impuestas por la Biblia, ni mucho menos por un pastor o líder espiritual; me refiero a ideas que provienen del corazón del Padre.

La determinación es una cualidad humana, pero quienes vivimos en Cristo descubrimos que esta cualidad puede potenciarse en favor de la voluntad del Padre. Por ejemplo, la torre edificada en Babel es un claro ejemplo de la determinación humana. De hecho, el Señor dijo:

“He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer”

Génesis 11:6

Es claro que esta gente estaba absolutamente decidida a terminar la torre. Pero esa actitud no glorificó a Dios. Por eso, Él mismo decidió confundir su lenguaje, dispersarlos y hacerlos desistir de aquella empresa. La determinación humana puede ser valiosa y tener mucho poder, pero cuando Dios no está detrás de los diseños que la impulsan, todo se vuelve vano y carente de respaldo celestial.

Es más, cuando un hijo de Dios trabaja en un proyecto fundamentado en la voluntad del Padre, puede ser atacado por el enemigo, y aun así Dios lo respaldará más allá de toda

hostilidad. Sin embargo, como sucedió con los hombres de Babel, hay proyectos que son disueltos por el mismo Dios, y contra eso no hay forma de resistir.

“Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.”

Génesis 11:7 y 8

En definitiva, la autodeterminación encuentra sus límites en la naturaleza misma de lo que se desea, mientras que las metas que provienen de Dios, diseñadas para contribuir al propósito eterno en Cristo, son impulsadas y respaldadas por la sabiduría y el poder del Señor. Caminar en el propósito eterno cuenta con garantía de productividad y recompensa eterna.

En un mundo que ofrece muchas fuentes de motivación humana, el creyente necesita algo más que entusiasmo temporal o fuerza de voluntad: necesita una unción real, viva y operante. Esa unción no es una emoción pasajera ni una tradición religiosa. Es el toque del Espíritu Santo que empodera al creyente para vivir con firmeza, avanzar con propósito y permanecer de pie incluso en medio de grandes presiones.

La verdad es que muchos creyentes malinterpretan el significado de la unción del Espíritu Santo. Algunos suponen que solamente los pastores y líderes cristianos son los

ungidos, ya que han sido escogidos por Dios para cumplir un llamado específico. Incluso se ha difundido en muchas congregaciones evangélicas la errónea enseñanza de que nadie puede cuestionar a los ungidos del Señor.

También vemos que la palabra “unción” se usa con frecuencia de forma incorrecta. Algunos cristianos suelen decir: “Hoy hubo una gran unción”, “a ese pastor le falta unción”, o “en esa iglesia no se siente la unción”. Lo primero que debemos entender es que todas las personas que han sido alcanzadas por la gracia de la vida en Cristo han sido ungidas con el Espíritu Santo.

Esto significa que una persona ungida tiene al Espíritu Santo habitando en su ser, y por lo tanto es empoderada con un potencial divino para caminar conforme a la voluntad de Dios. Hay dones diferentes, hay capacidades diferentes, hay posiciones y llamados distintos, pero Dios no unge solo a ciertos creyentes. Todos aquellos que han recibido la gracia soberana del Señor reciben la unción del Santo (**1 Juan 2:20**).

En su segunda carta a los Corintios, el apóstol Pablo escribió que Dios afirma a los creyentes en Cristo. Él nos ha marcado con su sello y ha puesto en nuestro corazón el Espíritu Santo como garantía de las promesas que vamos a recibir (**2 Corintios 1:21 y 22**). Por lo tanto, los líderes espirituales no son los únicos que tienen la unción para cumplir los propósitos del Señor. Todos los cristianos hemos

sido ungidos para hacer las obras que Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas (**Efesios 2:10**).

Es muy importante comprender esto, porque al hablar de que fuimos ungidos con determinación, no estoy sugiriendo una unción especial o diferente para realizar ciertas tareas. La unción es una sola. Todos los hijos de Dios tenemos el don del Espíritu Santo. El Espíritu no se da por partes, no viene en porciones ni en dosis (**Juan 3:34**), y no puede ser arrebatado por el enemigo. Lo que estoy enseñando es que, teniendo en nosotros la vida del Espíritu, no podemos fallar a nuestro propósito, porque Él mismo nos ayuda en nuestra debilidad y nos impulsa a concretar cada plan divino.

“Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.”

2 Pedro 1:3

Desde el principio de la creación, el Espíritu de Dios ha sido el agente divino de transformación en todo sentido. Donde Él se mueve, hay vida, orden, dirección y poder. Cuando una persona es tocada por el Espíritu Santo, no solo recibe dones o manifestaciones externas; lo primero que ocurre es una transformación interior.

Esa transformación trae consigo una nueva fuerza de carácter, un nuevo enfoque y una nueva dirección de vida. La unción no es solo para hacer, sino para ser. Es una obra que

comienza desde adentro hacia afuera, y no se produce por rituales externos que puedan generarla. Lo único que necesitamos es una sincera y humilde entrega al Señor: una profunda comunión con el Espíritu Santo capaz de atravesar nuestro ser con Su amor... calmo, silencioso, apacible, pero a la vez poderoso.

El apóstol Pablo, escribiendo a los hermanos de Éfeso, oró para que ellos fueran fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu Santo; para que habite Cristo por la fe en sus corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, pudieran llegar a comprender plenamente cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y así ser llenos de toda la plenitud de Dios (**Efesios 3:16 al 19**).

Esa fortaleza no se genera por métodos humanos, ni se obtiene solo mediante disciplina personal. Viene de la presencia activa del Espíritu Santo en el corazón del creyente. Es la revelación del amor de Dios lo que puede atravesarnos y llevarnos a una plenitud de vida que, al final, muy pocos hijos de Dios llegan a disfrutar por completo.

Donde el Espíritu habita, también mora el poder para cambiar, para resistir y para avanzar con determinación. Es penoso ver que muchos hijos de Dios solo actúan con sus propias fuerzas, que solo recurren a su potencial natural, e ignoran durante todo el día que cuentan con la presencia del Espíritu Santo en sus corazones. Creo que esa actitud produce una de las pérdidas más tristes en la vida de los hijos de Dios.

En la Biblia, la unción es el acto de consagrar algo o a alguien para un propósito sagrado, mediante la aplicación de aceite como símbolo de separación y santificación. Sin embargo, más allá del aceite físico, utilizado fundamentalmente en el Antiguo Testamento, la unción, para nosotros, representa la acción directa del Espíritu de Dios sobre nuestras vidas. Es el gran regalo de la gracia para deleitarnos en Dios, y es el equipamiento divino para cumplir toda tarea asignada por el Señor.

Podemos decir que la unción es la capacidad sobrenatural otorgada por Dios para cumplir Su voluntad con eficacia y firmeza. Por eso, todo creyente necesita ser consciente de la unción que porta, no solo como una costumbre o práctica externa, sino como una obra real del Espíritu que lo habilita desde lo profundo para avanzar hacia las metas propuestas por el diseño divino.

En muchos contextos cristianos, se habla de “unción” como un concepto ligado al estilo, a la emoción o a ciertas costumbres. Pero la verdadera unción no es una etiqueta humana, ni una emoción que aparece solo durante una reunión especial. Es una operación espiritual continua que sostiene al creyente en cada área de su vida.

Hay personas que se aferran a tradiciones o a posiciones, creyendo que eso les da autoridad o capacidad. Pero sin la unción del Espíritu, nuestras obras son estériles. Podemos tener títulos, historia y herencia, pero si no hay un

toque fresco del cielo, lo que hacemos carecerá de poder transformador.

Por otra parte, la unción no es solo para funciones públicas, sino para decisiones privadas. No es solo para ministrar a otros, sino también para sostenerse firmes cuando nadie nos ve. El respaldo, la sabiduría, la autoridad y el poder de Dios no son capacidades reservadas exclusivamente para quienes sirven en una plataforma. Cuando Dios diseñó la Iglesia, no estaba pensando solamente en un culto, sino en un mundo que debemos afectar como sus embajadores.

Cuando alguien pretende reducir nuestra vida en Cristo únicamente al ámbito de las reuniones, es porque no ha comprendido los alcances del Reino. Las reuniones congregacionales son espacios de impartición y capacitación espiritual, pero el programa del Reino se desarrolla en el mundo. Reunirnos y mantener una plena comunión con la Iglesia es muy necesario, pero ser conscientes de nuestro propósito en la vida es fundamental para que la Iglesia sea verdaderamente efectiva.

La unción no es solo para ayudarnos a orar, predicar, cantar o servir a Dios en algún área de la congregación. También es para desarrollar nuestro propósito de vida en Cristo, lo cual va mucho más allá de las actividades de culto. La Iglesia debe expresarse en todo ámbito, en todo tiempo y en todo lugar donde estemos. Por eso, la determinación generada en el poder del Espíritu atraviesa nuestra vida por completo.

Además, Dios no unge a las personas para que permanezcan en la pasividad. Cada vez que el Espíritu Santo unge a alguien, esa persona es empujada hacia el cambio y es llamada a la acción. La unción transforma la mentalidad, confronta la mediocridad, rompe los límites autoimpuestos y despierta la capacidad de avanzar con firmeza en todas las áreas de la vida.

El poder del Espíritu no es para adornar una vida religiosa, sino para habilitar una vida productiva en el Reino. La unción trae propósito, dirección y fuerza. Quien ha sido ungido por el Espíritu no puede quedarse estancado, porque la unción lo incomoda en la comodidad, lo impulsa hacia la obediencia y lo fortalece para cumplir su llamado.

La determinación no es simplemente una decisión humana sostenida por el esfuerzo. En la vida del creyente, la verdadera determinación nace del Espíritu. Es un fruto de la convicción, alimentado por la comunión con Dios. Cuando el Espíritu Santo unge a una persona, también siembra en ella una firmeza interior que no depende de las circunstancias.

La determinación espiritual es una fuerza interior que resiste la duda, el miedo, el rechazo y la oposición. No se trata de “positivismo” ni de orgullo personal. Es la fuerza del Espíritu Santo obrando en la voluntad de cada uno de los hijos de Dios, para que perseveremos, avancemos y obedezcamos a Dios en todo tiempo.

Lamentablemente, muchos hermanos intentan vivir la vida cristiana con esfuerzo propio. Se proponen cambiar, tomar resoluciones, establecer metas y concretarlas de manera efectiva. Es más, cuando lo hacen, suelen decir que lo hacen para la gloria de Dios. Pero pronto descubren que sus fuerzas no alcanzan, y sufren una gran desilusión cuando no pueden seguir avanzando. El esfuerzo humano puede iniciar el camino, pero solo la determinación espiritual puede sostenernos hasta el fin.

La diferencia es clara: el esfuerzo humano depende de lo que podemos hacer; la determinación espiritual depende de lo que Dios puede hacer a través de nosotros. El esfuerzo se agota; la determinación espiritual se renueva cada día por medio de la presencia del Espíritu Santo y nuestra comunión con Él.

Filipenses 2:13 lo expresa con precisión: *“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”* Esta verdad es la base de una vida cristiana firme. No estamos solos. El Espíritu Santo trabaja en nosotros para alinear nuestra voluntad con la voluntad de Dios, y luego nos da la energía necesaria para caminarnos en esa dirección.

La unción del Espíritu no nos exime de las luchas, pero sí nos equipa para vencerlas. Un creyente ungido no es quien no sufre, sino quien no se detiene. Es el que avanza aun cuando enfrenta grandes resistencias. Es el que se levanta cuando cae, porque hay dentro de él una fuerza superior a la

adversidad. Es el que no se rinde, el que sabe que es débil, pero que en su debilidad se manifiesta el poder de Dios (**2 Corintios 12:9**).

La vida cristiana requiere perseverancia. Y esa perseverancia no nace de la terquedad humana, sino de una convicción espiritual profunda: Dios nos llamó, Dios nos capacita y Dios nos sostendrá. Esa es la esencia de la unción transformadora, y es nuestra tarea detectarla y vivir en ella, para la gloria de nuestro Padre.

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”

Romanos 8:28



Capítulo dos

LA DETERMINACIÓN DIVINA

“El cual nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.”

2 Timoteo 1:9

Hay una fuerza en el universo que no nace del esfuerzo humano ni depende de las circunstancias: es nada menos que la determinación divina. Es la firmeza inquebrantable con la que Dios ejecuta Su propósito eterno. Desde antes de la creación, hasta nuestros días y aun en lo porvenir, Él ha determinado concretar Sus diseños, y nada lo hará desistir de eso.

Ni las artimañas del enemigo, ni la más densa oscuridad, ni la necedad humana, ni la injusticia de quienes lo desprecian; nada ni nadie ha podido, ni podrá jamás, detener la perfecta voluntad de Dios. Ninguna rebelión

humana, ningún fracaso histórico ha logrado interrumpir el plan de redención que Él ha determinado para la tierra.

Las Escrituras no nos presentan a Dios como alguien voluble o cambiante, sino como un Dios que actúa ***“según el consejo de su voluntad”*** (Efesios 1:11). Él no reacciona, Él anticipa. No improvisa, Él establece. No sufre desgaste emocional ni se arrepiente como el hombre. Su plan no se basa en sentimientos fluctuantes, sino en una voluntad firme, santa y eterna.

Desde el principio vemos que Dios actúa con propósito. Creó el universo, no como un capricho creativo, sino como el escenario donde desarrollaría Su historia de redención. Aun sabiendo que el hombre pecaría, determinó redimirlo. No fue una reacción, fue un plan eterno. La cruz no fue el plan “B”; fue el plan que estuvo en el corazón del Padre desde antes de la fundación del mundo (**1 Pedro 1:20**).

Después de la caída de Adán, encontramos el escenario de un mundo en absoluta decadencia. Conociendo el futuro, Dios podría haber destruido a Adán y Eva para crear un nuevo ser, más fiel y obediente. Sin embargo, determinó soltar palabras de redención para los seres humanos. Y esa es nuestra mayor garantía, porque si Dios lo dice, Dios lo hace.

El problema es que, con el pasar de los años, la maldad de los hombres creció de manera alarmante. Al punto en que Dios, verdaderamente pensó en destruir a la humanidad. De hecho, dijo: ***“No contendrá mi Espíritu para siempre con***

el hombre, porque ciertamente él es carne. Serán, pues, sus días ciento veinte años” (Génesis 6:3). Tal vez dijo esto, con la intención de que una vida más breve, produjera algo de temor y frenara la maldad, pero nada de eso ocurrió.

Lo que nosotros leemos en apenas unos versículos, representó muchos años de paciencia por parte de Dios. Pero en un momento determinado, la situación no dio para más: ***“Y el Señor vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era solo hacer siempre el mal. Y le pesó al Señor haber hecho al hombre en la tierra, y sintió tristeza en su corazón. Y el Señor dijo: Borrare de la faz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta el ganado, los reptiles y las aves del cielo, porque me pesa haberlos hecho” (Génesis 6:5 al 7).***

Aparentemente, la razón más significativa por la que Dios decidió provocar el diluvio es que la corrupción del corazón humano dominaba completamente la humanidad en los días de Noé. Ciertamente, Dios sabía que enviar el diluvio no solucionaría el problema del pecado en el corazón del hombre. Aun así, determinó continuar dando una oportunidad.

Incluso después del diluvio, Dios dejó en claro que la maldad del hombre no cambiaría solo por medio del juicio, porque el problema no era de conducta, sino de esencia. Y la única manera de terminar de raíz con ese problema era la

muerte. Sin embargo, Dios determinó que no sería mediante otro diluvio, sino mediante una cruz:

“No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho”

Génesis 8:21

La Escritura no solo dice que los pensamientos del corazón del hombre eran completamente malos, sino que eran siempre así. Por mucho que hoy nos quejemos de la condición del mundo, probablemente no deberíamos compararla con la época de Noé, simplemente porque la maldad en aquellos días alcanzó niveles inimaginables, y la maldad de hoy ha mutado en otras conductas.

Había algo inusualmente perverso en el corazón humano en aquellos días, y el Señor sabía que lo más sabio era comenzar de nuevo con Noé y su familia. Este enfoque puede parecer especulativo, pero al menos es coherente con lo que leemos en otras partes de la Escritura: la misericordia de Dios y su determinación de abrir canales para que sus planes sean ejecutados.

Es tan extraordinaria la determinación de Dios, que el diluvio histórico en la época de Noé se erige como símbolo del juicio futuro de Dios (**Mateo 24:37 al 39**). Han pasado miles de años, y la humanidad sigue expresando su

pecaminosidad, tal como en los días de Noé. Sin embargo, Dios, con paciencia, sigue llamándonos al arrepentimiento.

Dios sabía que el diluvio no erradicaría el problema del pecado, y que la humanidad seguiría siendo pecadora después de ese juicio. Sin embargo, Dios no había terminado de lidiar con el pecado. Envío a Su Hijo al mundo para desarmar los poderes del mal y exhibirlos públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz (**Colosenses 2:15**). Gracias a Cristo, el mundo no ha colapsado y aún sostiene la esperanza de una redención total. Claro que habrá un juicio para todos los que no han aceptado la justicia en Cristo, pero Dios está determinado a la concreción de Su propósito.

Unos años más tarde, Dios llamó a Abraham desde Ur de los caldeos con una promesa clara: ***“Haré de ti una nación grande... y en ti serán benditas todas las familias de la tierra”*** (**Génesis 12:2 y 3**). A lo largo de los años, Abraham dudó de los planes divinos, tropezó en sus errores, intentó “ayudar a Dios” con Ismael y actuó con necedad. Pero Dios no cambió de parecer ni canceló sus planes. Su determinación nunca dependió de la capacidad humana, sino de Su propia fidelidad.

Pasaron los años, y la familia de Abraham se transformó en el pueblo de Israel. Pero, tal como Dios había anticipado, ese pueblo fue esclavizado en Egipto (**Génesis 15:13 y 14**). Las promesas parecían lejanas, pero en Dios todo llega a su tiempo.

Cuando Moisés quiso liberar a su pueblo, actuó por impulso humano y mató a un egipcio (**Éxodo 2:11 y 12**). Aquel acto, aunque aparentemente justo, no era ni el momento ni el modo de Dios. Su esfuerzo no produjo libertad, sino una huida. Entonces se frustró y se rindió. Aunque su causa era noble, nunca volvió a intentar liberar a su pueblo.

Pero Dios, cuarenta años después, lo llamó y le dio una desafiante comisión. Al principio, Moisés no quería, pues ya se había rendido a la idea de liberar a sus hermanos hebreos. Sin embargo, el Señor lo empodera y lo impulsa a la acción. En esta segunda ocasión, Moisés no iría en sus propias fuerzas, sino enviado por Dios y portando la unción en su vara.

Moisés ya no actuaba solo por impulso, sino respaldado por la voluntad del Eterno. El resultado fue diferente. El faraón se opuso, incluso el mismo pueblo se enojó con él. Diría que Moisés tuvo todo en contra, pero nunca se rindió, porque Dios no permitió que decayera su semblante. Las promesas del Señor y el impulso de la unción divina lo convirtieron en un hombre determinado.

Dios nunca olvida lo que Él mismo ha determinado hacer. Él siempre supo que, durante el éxodo, los hebreos lo harían enfadar con sus murmuraciones, y que muchos de ellos quedarían en el desierto a causa de su rebelión. Sin embargo, los liberó igual, les tuvo paciencia y aun esperó una

nueva generación que le creyera. Al final, los introdujo en la tierra prometida.

Cuando comenzaron a tomar posesión de la tierra, ocurrió lo mismo: se alejaban una y otra vez de la voluntad de Dios. Él podría haber decretado la destrucción definitiva de Israel, pero les tuvo paciencia. El libro de los Jueces dice que: ***“En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 17:6).*** Esto equivale a decir que en Israel reinaba un estado de anarquía.

Los días de los jueces fueron tiempos oscuros y problemáticos para la nación. Moisés había instruido al pueblo a hacer lo que era justo ante los ojos de Dios (**Deuteronomio 6:18**). Sin embargo, tras la muerte de Moisés y luego de Josué, el pueblo se desvió rápidamente.

La idolatría y la confusión moral eran desenfrenadas. Sin una autoridad gobernante que impusiera orden, cada uno hacía lo que le parecía correcto. Esta actitud equivale a la filosofía actual de: “Haz lo que desees”, “Sé libre”, “Disfruta la vida”, “Tienes derecho a vivir como quieras...”

Tal subjetivismo moral metió a Israel en graves problemas, llevándolos a la depravación y la decadencia espiritual. Lo mismo ocurre con nuestras sociedades actuales. Dios tiene un camino absolutamente correcto para nosotros, detallado en Su Palabra.

***“La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es
afrenta de las naciones”***

Proverbios 14:34

Lamentablemente, vemos que el pecado no disminuye. Estamos a las puertas de una posible tercera guerra mundial, y para colmo, con la amenaza del uso de armamento nuclear. Sin embargo, los hombres siguen empeñados en destruir la paz y el bienestar, mientras que otros millones de personas, solo sobreviven al hipnotismo de los entretenimientos y las demandas consumistas del sistema.

Cuando cada uno hace lo que le parece correcto según su propio criterio, se genera confusión espiritual y peligro; y las naciones terminan en ruina. A pesar de ello, Dios sigue llamando al arrepentimiento. Pasan los siglos y la maldad aumenta, pero Él está determinado a mostrarse misericordioso, dándonos todas las oportunidades posibles. Sin embargo, advierte que el fin llegará y que la tierra entera volverá a estar bajo Su gobierno, porque así lo ha determinado.

La encarnación de Cristo, Su vida, Su obra en la cruz y Su resurrección son la prueba irrefutable de un Dios determinado. A pesar de la maldad humana y de las aberraciones cometidas a lo largo de la historia, Dios sigue siendo justo y firme en Su plan redentor. Jesús vino con una misión definida y no desvió su camino ni por amenazas, ni por cansancio, ni por tentación. Su esencia es la del Padre, y

la unción que operó en Su vida lo empoderó como un hombre determinado.

En **Lucas 9:51** leemos: ***“Cuando se cumplió el tiempo en que Él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.”*** ¡Qué frase tan poderosa! Jesús afirmó su rostro. Sabía que iba hacia el sufrimiento, hacia la cruz, al rechazo, a la tortura, al dolor... pero Su determinación fue mayor que el temor. Sin dar lugar a pensamientos contrarios, se determinó a consumir Su obra.

A lo largo de Su ministerio, fue incomprendido por sus discípulos, traicionado por un amigo, abandonado por muchos. Y sin embargo, nunca pensó en volverse atrás. Cada paso que dio estuvo impulsado por una fuerza espiritual inquebrantable. La determinación divina del amor redentor fue impartida por el mismo Espíritu que hoy nosotros portamos. Esa es nuestra esencia, y no debería haber nada ni nadie, que nos aparte de nuestro camino hacia el propósito eterno.

No estamos hablando simplemente de una actitud fuerte o una mentalidad positiva. La determinación divina es una fuerza espiritual que sostiene el propósito de Dios. No depende de emociones ni de condiciones externas. Es una expresión de la naturaleza eterna de Dios, de Su fidelidad y de Su gracia.

Esta fuerza opera incluso cuando el ser humano falla. El pueblo de Israel fracasó muchas veces, pero Dios siempre

los buscó. Aun cuando pidieron un rey como las demás naciones (**1 Samuel 8:5**), o con el fallido gobierno de Saúl, o con el pecado de David, Dios no retiró Su misericordia. Incluso cuando Salomón se inclinó ante falsos dioses, a pesar de haber recibido absolutamente todo, el Señor no quitó el reino a su hijo Roboam, sino que le permitió seguir gobernando en Judá.

Cuando los reinos se dividieron, Dios no los abandonó. A cada rey, en cada período histórico, el Señor los llamó a volverse a Su Ley, a honrar Su nombre y obedecer para ser bendecidos. Pero sistemáticamente, una y otra vez, tanto las dos tribus del sur como las diez del norte, se desviaron tras el pecado.

El Señor permitió que cayeran en cautividad, y después de unos años, los volvió a levantar. Pero ellos, una y otra vez, ignoraban Su amor. Este no fue solo un problema del pueblo judío; este es el mal de la humanidad. Por eso fue necesaria la muerte de Jesucristo, porque si los seres humanos no éramos crucificados en Él, no podríamos haber recibido una vida nueva (**Romanos 6:4**).

El plan de Dios ha sido tan glorioso que llevó miles de años concretarlo. Pero Su determinación encontró los canales necesarios para llevarlo a cabo. Es imposible contemplar la obra de Dios sin sentirnos admirados por Su implacable perseverancia. Si deseamos aprender, no podemos ignorar Su obra, porque el mismo Espíritu con el que Él ejecutó

pacientemente cada paso, es el mismo que hoy opera en nuestras vidas.

El Señor no considera la posibilidad del fracaso, ni usará el fracaso de alguien como excusa para abandonar Sus planes. Pedro negó al Maestro, pero Jesús ya había orado por él para que su fe no faltara. La determinación divina sostiene lo que ha nacido del corazón de Dios. No hay nada que pueda detenerlo.

Él no se rendirá ante los hombres. En **Filipenses 1:6**, Pablo declara con firmeza: ***“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”*** Esta no es una esperanza humana, sino una certeza espiritual. Si Dios comenzó, Él terminará, porque nuestro Dios es absolutamente determinado y firme. Así es nuestro Padre, y de Él debemos aprender.

El esfuerzo humano es limitado. Aunque valioso, nace de la carne, del alma, de la capacidad natural. Pero la determinación divina no se agota, no se cansa, no se rinde. Nosotros, como todo ser humano, tenemos una medida de resiliencia y determinación. Pero no se trata de aumentar esa medida, sino de aprender a operar en el poder de la unción que portamos. Y eso... lo cambia todo.

Muchos creyentes comienzan proyectos con gran entusiasmo y reconocida pasión. Pero al primer fracaso o prueba que enfrentan, retroceden. Esto sucede porque lo que los sostiene es su fuerza natural, su motivación personal. Y

la carne, por más disciplinada que sea, siempre se desgasta. Cuando actuamos así, no hay diferencia alguna con las personas que no conocen a Dios. En cambio, la unción de la determinación divina produce perseverancia sobrenatural, y eso nos hace radicalmente diferentes a las personas sin Dios.

Como creyentes, estamos llamados a reflejar ese mismo carácter determinado. La determinación divina no es solo una fuerza que vemos en Dios desde lejos; es una unción que Él derrama sobre los suyos. Es parte del carácter de Cristo en nosotros. Cuando nos rendimos al Espíritu Santo, Él nos fortalece con esta firmeza. Nos da una visión clara, paciencia sobrenatural, perseverancia en medio del dolor y gozo aun en medio del proceso. Es la fuerza que nos hace seguir adelante cuando todo a nuestro alrededor dice “detente”.

No debemos caminar solo con nuestro propio esfuerzo. Debemos pedir ser llenos de esta determinación divina. Debemos dejar que el Espíritu Santo fortalezca nuestro interior para que no caigamos rendidos ante las adversidades que siempre estarán presentes. Hay una gracia disponible que no solo nos perdona, sino que también nos capacita para continuar.

Dios no se ha rendido con nosotros y espera que nosotros no nos rindamos ante Su propósito. Él no se ha cansado de tratar con nuestras debilidades, y espera que nosotros tampoco claudiquemos. Si Él está determinado a

cumplir Su obra, nosotros también podemos, porque Él mismo nos ha ungido con Su misma determinación divina.

“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre.”

Juan 14:12



Capítulo tres

DETERMINADOS EN DIOS

Filipenses 3:14

“Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”

Como hemos estado aprendiendo, la determinación espiritual de la que hablo no es un esfuerzo voluntarista ni un mero impulso del carácter humano. Es una llama que arde desde lo profundo del espíritu cuando el corazón se rinde al propósito eterno de Dios. Es una obra gloriosa del Espíritu Santo, que muchos hermanos se están perdiendo por no aprender a depender de Él.

No necesitamos personas tercas que pretendan no rendirse, ni voluntades obstinadas que concreten planes, sino hombres y mujeres ligados al Espíritu Santo, que al oír la voz del Creador respondan con firmeza, sin mirar atrás, sin calcular el costo, sin retroceder ante la oposición, pero actuando siempre bajo el poder del Espíritu Santo.

A lo largo de la historia bíblica, encontramos ejemplos luminosos de determinación nacida de lo alto, vidas que fueron instrumentos del cielo por la fuerza interior que solo la fe puede encender. Pero, como siempre digo, es curioso que usemos sus ejemplos una y otra vez, cuando ellos vivieron en tiempos y pactos mucho más limitados que los que nosotros vivimos hoy.

Lo que siempre destaco es que no deberíamos estar observando sus gestiones para decir: “Cómo ellos tenemos que ser...”, porque nosotros vivimos en un Pacto muy superior. Creo que deberíamos ser mejores que ellos, porque la enseñanza está en que, si ellos, con tantas deficiencias, pudieron vencer, nosotros no tenemos excusa.

La Escritura está repleta de vidas marcadas por la decisión firme de caminar con Dios, aun cuando las circunstancias eran adversas o inciertas. Es verdad que todos ellos, en algún punto, cometieron errores y Dios les tuvo paciencia, tal como vimos en el capítulo anterior, pero aquí quiero rescatar las virtudes de estos hombres, porque ellos no contaron con los beneficios que nosotros tenemos hoy.

La determinación espiritual no es exclusiva de los protagonistas más conocidos, sino que aparece en hombres y mujeres que, en su generación, se levantaron con valentía, obediencia y fe. Sin embargo, lo hacían con una unción que los visitaba o que se posaba sobre objetos como la vara de Moisés, los cabellos de Sansón, el manto de Elías o la espada de algún guerrero.

Ellos, para acercarse a Dios, debían edificar altares, subir a los montes, levantar tabernáculos, edificar templos, o simplemente esperar que, por voluntad soberana, Dios les hablara o dirigiera en algo. Nosotros tenemos el altar en nuestro corazón, somos el monte de Dios, somos tabernáculos de Su presencia, somos el templo de Dios, y en Cristo tenemos plena comunión con Él.

No podemos comparar lo que ellos vivieron con lo que deberíamos estar viviendo nosotros. Sin embargo, sí podemos mencionarlos para tomar conciencia de las dimensiones en las que deberíamos estar como Iglesia en esta generación.

Por ejemplo, como mencioné anteriormente, Noé vivió en una época donde la maldad humana había alcanzado su clímax. La tierra estaba llena de violencia, y los pensamientos del hombre eran de continuo hacer el mal. Sin embargo, Noé caminó con Dios. Fue un hombre justo en una generación perversa, un testigo solitario entre una multitud de burladores que trataron de frenar su obra.

Cuando recibió instrucciones de parte de Dios para construir un arca, no titubeó. Lo hizo en obediencia, aunque la lluvia nunca antes había caído, aunque no existía evidencia visible de un juicio inminente. Su determinación se expresó en cada golpe de martillo, en cada tabla ensamblada, en cada día que pasaba bajo la mirada escéptica de sus contemporáneos. Aquel hombre se aferró a la palabra divina

como a una cuerda invisible que lo sostenía sobre un abismo de incredulidad. Y no fue defraudado.

También mencioné al patriarca Abraham y los errores que cometió, pero debemos rescatar su fe, porque fue llamado desde Ur de los Caldeos, un lugar de idolatría y prosperidad. No se le ofreció un itinerario ni una herencia inmediata, solo una promesa y una voz que le dijo: ***“Sal de tu tierra y de tu parentela”***. Abraham caminó sin ver, sin entender del todo, pero con una fe firme en quien le había hablado.

Su determinación fue probada al esperar por años el cumplimiento de la promesa de un hijo y luego al ser llamado a ofrecerlo en sacrificio. ¿Qué clase de hombre levanta un cuchillo sobre su promesa? Solo aquel que está absolutamente convencido de que Dios es fiel para cumplir aún más allá de la muerte. Abraham no era impulsivo, era resuelto. Su caminar fue una peregrinación constante, y su determinación lo hizo padre de todos los que creen.

Jacob, su nieto, vivió una vida marcada por la tensión interna. Desde el vientre luchó por alcanzar una bendición que sentía le pertenecía. Su historia está tejida con astucia, errores, huidas y conflictos. Pero un momento cambió su vida: aquella noche solitaria en Peniel, cuando luchó con el Ángel del Señor hasta el amanecer.

Herido, agotado, pero resuelto, no se soltó... De hecho expresó: ***“No te dejaré si no me bendices”***, gritando con gran

desesperación. Aquella fue una determinación no carnal, sino espiritual. No buscaba ya robar bendiciones, sino recibirlas del cielo. Allí su nombre fue cambiado. De Jacob, el suplantador, pasó a ser Israel, el que lucha con Dios. Su determinación marcó una nueva etapa: la de un hombre transformado por haber perseverado, ciertamente con muchos errores, pero lo hizo hasta el final de su vida.

Luego vemos a José, el supuesto soñador. Recibió visiones de grandeza siendo joven, pero pronto su vida fue sumida en rechazo, traición, esclavitud y prisión. Muchos habrían abandonado toda esperanza en ese proceso. Pero José no permitió que la amargura envenenara su corazón. En cada estación adversa, su fidelidad se mantuvo intacta.

En casa de Potifar se destacó por su excelencia; en la cárcel, fue hallado confiable; y ante Faraón se presentó lleno de sabiduría. Su determinación no consistió solo en resistir el sufrimiento, sino en no dejar de confiar. Cuando la tentación tocó a su puerta, la rechazó con convicción firme: ***“¿Cómo haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?”*** (Génesis 39:9). Su vida fue un testimonio de integridad resuelta que, al final, salvó del hambre a muchas personas incluyendo a su familia.

Moisés, criado como príncipe en Egipto, tuvo todo a su favor, excepto paz interior. Cuando eligió identificarse con el pueblo de Dios, perdió privilegios pero ganó propósito. Después de fallar y huir al desierto, fue llamado a regresar y

liberar a Israel. A pesar de su resistencia inicial, su vida se convirtió en una marcha constante bajo la nube divina.

Se enfrentó cara a cara con Faraón, condujo a un pueblo obstinado, intercedió en la brecha y soportó pruebas sin número. No era un líder perfecto, pero sí determinado. Su secreto no era su elocuencia ni su fuerza natural, sino su cercanía con Dios. Hablaba con Él como quien conversa con un amigo, y de esa intimidad brotaba su determinación para continuar, incluso cuando deseaba rendirse.

Josué fue el siervo fiel de Moisés durante años, pero su momento llegó cuando el líder del éxodo partió y la responsabilidad de introducir al pueblo en la tierra prometida recayó sobre sus hombros. Era una tarea monumental. El pueblo aún tenía corazones divididos, la tierra estaba habitada por enemigos fuertes, y la promesa parecía inalcanzable. Pero Dios lo llamó a ser fuerte y valiente, y Josué tomó ese llamado con toda el alma.

Su determinación se manifestó desde el primer día, cuando caminó al frente del pueblo, cruzó el Jordán y levantó memoriales para no olvidar. Fue un líder que no solo conquistó ciudades, sino que también condujo espiritualmente a la nación.

Josué tampoco fue un líder perfecto, de hecho, el Señor le reclamó que se le habían pasado los años y todavía le quedaba mucha tierra por conquistar. Aun así, su firmeza lo llevó a exhortar al pueblo a continuar con la conquista de la

tierra. Su liderazgo no estuvo basado en carisma, sino en obediencia. Josué fue determinado en obedecer la Palabra, aun cuando otros dudaban, y por eso, mientras que toda su generación murió en el desierto, él y Caleb, vieron el cumplimiento de las promesas divinas.

En la época de los jueces tenemos varios ejemplos, pero Gedeón, por ejemplo, fue un hombre que no comenzó con mucho valor. Se escondía del enemigo y dudó al escuchar el llamado celestial. Pero Dios vio en él lo que él mismo no veía. Fue formado paso a paso, hasta convertirse en un líder que, con sólo trescientos hombres, venció a un ejército innumerable de madianitas.

Debemos reconocer que la determinación de Gedeón fue frágil al principio, pero creció con cada acto de obediencia. Derribó ídolos familiares, alzó la trompeta en tiempos de miedo y confió en una estrategia divina ilógica. Fue valiente porque se sostuvo en la palabra de Dios y no en su percepción, venciendo al enemigo y llevando paz a su pueblo. La determinación no necesita gente especialmente valiente, sino gente que pueda creer en las palabras y el poder de Dios.

Jefté es un caso menos conocido, pero profundamente conmovedor. Hijo de una mujer rechazada, fue despreciado por sus propios hermanos y expulsado de su hogar. Sin embargo, cuando Israel enfrentó la amenaza de los amonitas, fueron a buscarlo a él. El marginado, el desechado, el que

nadie había valorado, pero que en ese momento les era útil, porque nadie se atrevía a ponerse en pie contra el enemigo.

Jefté pudo haber respondido con amargura, pero eligió responder con propósito. Su determinación no surgió del orgullo, sino de un corazón dispuesto a ser usado por Dios a pesar de su historia dolorosa. Oró antes de la batalla, confió en el juicio divino y guió a Israel a la victoria. Su vida nos enseña que la determinación espiritual también puede florecer en aquellos que el mundo ha descartado, porque el propósito de Dios no se basa en la aceptación humana, sino en la disposición del corazón.

Por su parte, Samuel fue entregado desde su niñez al servicio del Señor, y desde su juventud escuchó la voz de Dios cuando otros ya no la oían. En una generación marcada por la corrupción sacerdotal y el silencio profético, Samuel se mantuvo firme como voz fiel de parte de Dios. Fue profeta, juez y guía espiritual de la nación.

Su vida entera fue un ejercicio de determinación: desde su compromiso en el templo, pasando por su fidelidad al corregir reyes, hasta su valentía al reprender al mismo Saúl cuando nadie se atrevía a hacerlo. Samuel no vivió para agradar a los hombres, sino para cumplir el propósito divino. Su integridad, sensibilidad a la voz de Dios y firmeza para actuar conforme a ella, lo convirtieron en un ejemplo resplandeciente de determinación ministerial.

El rey David, el pastor de ovejas ungido por el mismo Samuel, fue determinado desde su juventud. Cuando enfrentó a Goliat, lo hizo con una seguridad que desafiaba la lógica humana. No peleó con armadura prestada ni con técnicas militares, sino con fe pura y una honda. No defendía su honra, sino el nombre de Dios.

David esperó su momento para reinar a pesar de que Saúl lo persiguió con gran violencia. Soportó persecución, calumnias y traiciones. Su corazón fue probado muchas veces, pero nunca dejó de buscar a Dios. Su determinación se reveló cuando perdonó a Saúl, cuando escribió salmos en cuevas y cuando se arrepintió con humildad tras fallar. David tampoco fue perfecto, pero sí perseverante. Su pasión por la presencia de Dios lo hizo constante en medio de las batallas.

Por su parte, el rey Josafat fue un gobernante que vivió entre amenazas y alianzas peligrosas, pero supo dónde buscar ayuda. Cuando fue rodeado por ejércitos numerosos, no confió en su fuerza militar, sino que buscó al Señor con ayuno y oración. Su clamor público fue una expresión de fe y dependencia total. Fue determinado en humillarse delante de Dios y en guiar a su pueblo a la alabanza, aun en medio de la batalla.

Josafat colocó cantores al frente del ejército, y mientras ellos adoraban, el enemigo fue confundido. Este rey nos recuerda que la determinación espiritual no siempre es una acción visible o heroica, sino una convicción firme que

adora mientras espera, que canta mientras confía y que vence sin espada cuando Dios pelea por nosotros.

Otro rey que podría citar es Josías, el joven rey de Judá, se destacó en tiempos de decadencia espiritual. Desde muy joven comenzó a buscar a Dios, y cuando halló el libro de la Ley, su corazón se quebrantó. No se limitó a sentir tristeza, sino que actuó. Derribó altares paganos, limpió la idolatría del pueblo, restauró el templo y volvió a establecer la Pascua.

Su determinación fue reformatora. No se conformó con reinar, sino que quiso agradar a Dios de verdad. En medio de una generación indiferente, se alzó como un líder decidido a volver al pacto original. Su vida fue tan profética como efectiva, porque aun antes de nacer Dios ya lo había mencionado y, en sus días, caminó con obediencia efectiva.

Debemos comprender que la determinación divina es profética, porque Dios no improvisa con nosotros; Él ha preparado obras de antemano para que andemos por ellas (**Efesios 2:10**). Nosotros solo debemos creerle, dejarnos guiar y avanzar hacia el propósito por el cual fuimos llamados (**Romanos 8:28**).

Otro gran ejemplo es Daniel, quien fue llevado cautivo siendo joven, pero desde el primer momento tomó una resolución: no contaminarse con la comida consagrada a dioses paganos. Su decisión inicial marcó toda su vida. Oró con fidelidad a pesar de las amenazas, interpretó sueños con sabiduría celestial y permaneció íntegro en la corte de reyes

idólatras. Su espíritu era excelente y su fe inquebrantable. En el foso de los leones, la determinación que comenzó en su juventud fue su escudo. Daniel fue un testimonio silencioso pero contundente de que la fidelidad constante tiene más poder que cualquier amenaza.

También podría citar a Nehemías, copero del rey, quien oyó hablar del estado ruinoso de Jerusalén y su corazón se quebró. No se limitó a llorar ni se quedó solo en oraciones. Se levantó, pidió permiso, organizó recursos, enfrentó enemigos y reconstruyó los muros con espada en una mano y herramientas en la otra. Su determinación fue estratégica y valiente. No se dejó intimidar por las burlas ni se distrajo con propuestas engañosas. Sabía que estaba haciendo una gran obra y no se detuvo hasta verla terminada.

La unción que marcó a estos personajes no fue para un suceso momentáneo, sino para sostenerlos en el camino largo, en medio de pruebas, dudas y oposición. Ellos fueron determinados en Dios. Su ejemplo nos llama a nosotros, en este tiempo, a caminar con mucha más firmeza que ellos, porque vivimos en Cristo. Esa misma pasión y compromiso debería ser potenciada por la presencia del Espíritu Santo que nos habita.

Otro hombre de quien deseo hacer una mención especial es el patriarca Job, quizás el rostro más emblemático del sufrimiento y la determinación. Job lo perdió todo: hijos, salud, bienes, honor, y aun así se negó a maldecir a Dios. En medio del polvo y las cenizas, rodeado de voces que

cuestionaban su integridad, su determinación brilló con una luz que el tiempo no ha podido apagar.

Con dolor y desorientado, Job declaró: ***“Aunque Él me matare, en Él esperaré.”*** Job no entendía lo que ocurría, pero sabía en quién había creído. Su fe no era superficial ni dependía de las bendiciones materiales. Fue un hombre que se sostuvo con una convicción que traspasó el dolor. La determinación de Job fue la del justo que no necesita comprender para permanecer fiel. Por eso, su final fue mayor que su principio, y su nombre quedó grabado como sinónimo de resiliencia, perseverancia y fe.

No puedo terminar este capítulo sin mencionar a algunas mujeres de fe que, en un tiempo de marcado machismo, dejaron su huella al creer y actuar en el poder de Dios. Por ejemplo, Sara fue una mujer que, a pesar de su avanzada edad y esterilidad, se determinó a creer en el Dios que da vida a lo que no existe. Aunque en un principio rió ante la promesa de Dios, con el tiempo maduró en la fe y ejerció una determinación valiente al aferrarse a la palabra que había recibido su marido Abraham.

La de Sara no fue una fe ciega, sino una fe probada por los años, la espera y el silencio de un vientre estéril. Su determinación la llevó a concebir no solo a Isaac, sino a una historia de redención que pasaría por su linaje. La firmeza de Sara nos enseña que la fe determinada no se rinde ante el reloj humano, sino que espera activamente en el Dios que nunca falla.

Otra mujer destacada fue Rahab, quien vivía en Jericó, en una cultura pagana, y cuyo oficio la marcaba como una mujer despreciada. Sin embargo, cuando oyó hablar del Dios de Israel, tomó una decisión audaz: esconder a los espías, ponerse del lado del pueblo de Dios y sellar un pacto con ellos. Fue una determinación radical, porque puso su vida en riesgo, se separó de su cultura y rompió con su pasado.

Su historia nos muestra que la determinación espiritual puede abrir la puerta a una transformación total. Rahab fue incluida en la genealogía de Cristo (**Mateo 1:5**), porque decidió creer y actuar con valentía. Su fe con decisión la convirtió en una mujer de propósito eterno.

También tenemos el ejemplo de Débora, quien fue una mujer profetisa y juez en Israel en una época de profunda decadencia moral y cobardía espiritual. Se levantó con determinación cuando los hombres no querían tomar su lugar. Fue líder, estratega, madre y voz de Dios para su pueblo. Su convicción la impulsó a motivar a Barac, acompañarlo a la batalla y a declarar la victoria antes de que sucediera.

Débora no se dejó intimidar por la cultura ni por la guerra, sino que actuó con la seguridad de que Dios estaba con ella. Su determinación inspiró a un pueblo a levantarse del letargo y a confiar en el Señor. Débora es un modelo de autoridad espiritual ejercida con firmeza y sensibilidad profética.

Otra mujer de valor fue Ana, quien enfrentó la humillación y la incompreensión, tanto en su casa como en el templo. Su determinación no fue violenta, sino silenciosa y constante. No dejó de ir al templo ni de clamar en busca de recibir la gracia de concebir. Y cuando Dios le respondió, no se aferró egoístamente a su milagro, sino que lo devolvió al Señor entregando su hijo al sacerdocio santo.

Su perseverancia en la oración provocó el nacimiento de Samuel, un profeta que tal como mencioné anteriormente, marcaría una transición en la historia de Israel. Ana nos enseña que la oración constante, nacida del quebranto y guiada por la fe, tiene poder para cambiar destinos. Su historia confirma que la determinación espiritual se demuestra en la fidelidad silenciosa que permanece firme, aun en medio del dolor.

Otra mujer fue Ester, quien fue una joven huérfana llevada al palacio sin imaginar que su historia afectaría el destino de toda una nación. Cuando su pueblo enfrentó un decreto de exterminio, ella pudo haberse refugiado en la seguridad de su posición, pero comprendió que había sido puesta en el reino “para esa hora”.

Su determinación fue un acto de valentía: se presentó ante el rey sin ser llamada, arriesgando su vida. ***“Y si perezco, que perezca”***, fue su declaración. No se movió por emociones, sino por un llamado mayor que ella misma. Su determinación salvó a su pueblo y desató justicia en un

sistema corrupto. Fue una mujer que no buscó protagonismo, pero fue protagonista del plan divino por su valor espiritual.

Por su parte, Rut, la moabita, decidió un día dejar su tierra, sus dioses y su pasado para seguir a Noemí y al Dios de Israel. Su determinación no estuvo rodeada de visiones ni ángeles, pero fue tan profunda que la Escritura la honró con un lugar en la genealogía del Mesías. Su frase sencilla pero poderosa: ***“Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16)***, revela el corazón de quien se entrega sin condiciones.

Rut trabajó en los campos con humildad, fue fiel en lo pequeño y se convirtió en instrumento del plan redentor. Su determinación fue silenciosa, pero constante. No buscó grandeza, pero fue engrandecida por su fe y lealtad.

Por último, ¿cómo no nombrar a María? Ante la aparición de un ángel con un mensaje divino dijo: ***“He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra...” (Lucas 1:38)***. María era una joven virgen, comprometida para casarse, cuando recibió una palabra celestial que alteraría todos sus planes. La propuesta divina la ponía en peligro social, emocional e incluso físico. Pero su respuesta fue inmediata y determinada: ***“Hágase en mí...”***. Su obediencia no fue producto de la costumbre, sino de una profunda entrega a la voluntad de Dios.

María sabía que su decisión acarrearía crítica, rechazo y soledad, pero eligió el camino de la fe con resolución. Fue

determinada en su humildad, en su servicio y en su maternidad profética. Su ejemplo resalta que la verdadera unción se acompaña de una determinación humilde que acepta los planes de Dios por encima de los propios.

Como podemos ver claramente, estos hombres y mujeres, cada uno desde su contexto y llamado, manifestaron una determinación que no nació de la ambición, sino de la fe. En momentos de pérdida, amenaza, soledad o desafío, eligieron caminar con Dios. Algunos con voz profética, otros con humildad discreta; unos desde tronos, otros desde campos; pero todos con el corazón firme.

La historia los honra porque no retrocedieron. Sus vidas siguen hablando hoy y su ejemplo nos desafía a ser creyentes que caminan con propósito, que resisten con convicción y que avanzan con la mirada puesta en Aquel que llama, sostiene y recompensa. Pero con una clara exhortación: todos ellos, sin excepción, vivieron pactos muy deficientes y tiempos mucho más difíciles que los nuestros, y sin embargo, fueron hallados efectivamente determinados.

Nosotros vivimos en la gracia de un Nuevo Pacto glorioso, que se vive en la persona de Cristo (**Hechos 17:28**). No tenemos excusa, no podemos ser flojos, ni decir que no podemos hacer algo que Dios nos ha mandado. Todos los hijos de Dios en este tiempo debemos volver a la dependencia divina, a la búsqueda interior, al poder del Espíritu Santo y al propósito para el cual fuimos llamados en esta generación.

***“Mantengamos firme la esperanza que profesamos,
porque fiel es el que hizo la promesa. Preocupémonos los
unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las
buenas obras.”***

Hebreos 10:23 y 24



Capítulo cuatro

LA DETERMINACIÓN DEL UNGIDO Y SUS SEGUIDORES

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas.”

1 Pedro 2:21

La verdadera unción no se mide por emociones intensas ni por palabras elocuentes. Se prueba en la fidelidad, en la perseverancia, en la determinación de seguir obedeciendo cuando es más fácil rendirse. Por eso no puedo dejar de dedicar un capítulo de este libro, a quien es nuestro ejemplo supremo. Esto ocurre sistemáticamente en casi todos mis escritos: Esto es lógico, porque es imposible enseñar algo en el contexto del Nuevo Pacto sin hacer referencia a aquel en quien vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**).

En la vida de Jesucristo encontramos el retrato más nítido de lo que significa vivir con una firmeza interior impulsada por el Espíritu de Dios. No hay figura más poderosa ni más determinante en la historia de la humanidad

que Jesús, quien, ungido por el Espíritu Santo, caminó con paso firme hacia la cruz, sin titubeos ni desvíos, sabiendo que su destino no sería cómodo, pero sí glorioso.

Desde el inicio, Jesús vivió con la claridad de una misión eterna. No vagó entre opciones, no buscó popularidad ni seguridad. Él sabía que había sido enviado para salvar, sanar, enseñar y, finalmente, morir por los pecadores.

Al comienzo de su ministerio, al entrar en la sinagoga de Nazaret, tomó el rollo del profeta Isaías y leyó con autoridad: ***“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido...”*** Aquellas palabras no eran un discurso religioso, sino una declaración profética, una afirmación de identidad y propósito. Jesús estaba ungido, sí, pero no para ser admirado, sino para cumplir una obra eterna. Su determinación se alimentaba de esa certeza: no vino a hacer Su voluntad, sino la del Padre que lo había enviado.

La determinación de Jesús se notaba en cada paso. No permitía que las voces del pueblo o las amenazas de los fariseos lo desviarán. El día que leyó esas Escrituras, unos enardecidos religiosos lo tomaron por la fuerza y trataron de arrojarlo desde una montaña. Él solo se estaba dando a conocer con la verdad, en el lugar donde supuestamente tendrían que haberlo reconocido. Sin embargo, fue en ese mismo lugar donde lo agredieron con violencia y claras intenciones de asesinarlo. Él no se dejó intimidar, y sacudiendo sus ropas, continuó con su tarea.

Un día quisieron hacerlo rey por la fuerza, y Él se apartó de esa gente porque conocía las intenciones de sus corazones. Otro día, sus propios hermanos lo incitaron a ir a Jerusalén si tanto quería hacerse famoso, pero Él los ignoró. Luego, sus discípulos le rogaron que evitara ir a Jerusalén, sabiendo que allí lo esperaban los enemigos, pero Él afirmó su rostro y siguió adelante. No era testarudez humana, sino obediencia celestial. Una obediencia ungida. Un compromiso tan profundo que no retrocedía ante la crítica, el rechazo o la muerte.

Pienso en la escena del huerto de Getsemaní. Allí, bajo la sombra de los olivos, Jesús no solo sintió angustia, sino que experimentó una presión espiritual tan intensa que sudó como gotas de sangre. El Ungido estaba solo. Sus amigos dormían. El cielo parecía en silencio. El infierno celebraba anticipadamente. Y aun así, con la copa de sufrimiento en sus manos, pronunció la oración que cambió el destino de la humanidad: ***“No se haga mi voluntad, sino la tuya”*** (Lucas 22:42).

Ese fue el momento de la determinación suprema. Porque no hay mayor determinación que seguir obedeciendo cuando el alma tiembla. Allí, en la noche más oscura, brilló la luz más pura: la voluntad de Cristo totalmente determinada a realizar el plan soberano del Padre.

Jesús no fue empujado a la cruz. Fue porque quiso. Fue porque amó. Fue porque decidió. La unción que lo revestía no lo eximía del dolor, sino que lo capacitaba para abrazarlo.

No descendió del madero cuando fue injuriado. No maldijo a quienes lo herían. No dudó del Padre cuando el cielo se oscureció. Hasta su último aliento fue una expresión de propósito: “*Consumado es*” (Juan 19:30). Había terminado la obra. No dejó tareas inconclusas ni palabras a medio decir. Su determinación lo llevó hasta el final.

Y es precisamente esa determinación la que necesita la Iglesia de hoy. En tiempos donde muchos comienzan pero pocos terminan, donde es fácil entusiasmarse pero difícil permanecer, el ejemplo de Cristo nos llama con fuerza: sed fieles hasta la muerte. Él no se dejó desviar por las multitudes ni se desanimó ante la oposición. No se enredó en debates estériles ni buscó reconocimiento humano. Su única pasión era agradar al Padre. Su único combustible, el amor por nosotros.

Recuerdo que hace unos años leí el libro de los mártires de John Foxe, y encontré allí algunas conmovedoras historias de cristianos que tal vez pocos conozcan, pero que fueron martirizados por su fe. Hombres y mujeres que dejaron un invencible legado para nosotros y que deberíamos considerar como extraordinarios ejemplos de determinación.

Por supuesto, no puedo hacer referencia a todos los casos presentados por Foxe, porque su trabajo es extenso y extraordinario, pero puedo recordar que había una llama que ardía en el corazón de un hombre llamado William Tyndale. No era el fuego de la ambición ni el calor de la fama, sino el

fuego puro del amor por la Palabra de Dios, y eso me conmovió hasta las lágrimas.

Mientras otros dormían satisfechos con las Escrituras en latín, una lengua incomprensible para el pueblo en general, Tyndale soñaba con un mundo donde hasta el más humilde campesino pudiera leer la Biblia en su lengua materna. Este deseo lo llevó a vivir como fugitivo, huyendo de ciudad en ciudad por toda Europa, con tinta, simples pergaminos y el Espíritu Santo como su compañero inseparable.

Su trabajo no era bien visto. Traducir la Biblia al inglés era considerado un crimen. Pero Tyndale no buscaba la aprobación de los hombres, sino la obediencia al llamado divino. Finalmente, fue traicionado por un falso amigo, arrestado y encerrado en una mazmorra húmeda durante más de un año. Sin embargo, ni el encierro ni las amenazas de muerte lograron apagar su pasión.

El día de su ejecución, amarrado al poste, alzó la voz por última vez con una oración que atravesó los cielos: *“¡Señor, abre los ojos del Rey de Inglaterra!”* Y aunque su cuerpo fue consumido por el fuego, su clamor no quedó sin respuesta. Poco tiempo después, el rey autorizó la publicación de una Biblia en inglés, basada en gran parte en la obra de aquel mártir. El fuego que le quitó la vida encendió, sin saberlo, la llama de la Reforma para toda una nación.

También hay historias que no provienen de grandes púlpitos ni de aulas universitarias, sino de hogares sencillos y almas firmes. Por ejemplo, Juana de Kent era una joven del pueblo, una de tantas que había escuchado el Evangelio durante el breve reinado del joven Eduardo VI.

Cuando el clima religioso cambió y la reina María restableció la antigua religión, Juana fue arrestada por no asistir a la misa y por declarar que solo Cristo, y no el pan consagrado, era digno de adoración. No fue juzgada como teóloga, sino como hereje. Su voz suave, que había recitado Salmos en lo secreto, ahora resonaba en los oídos de sus acusadores con una fuerza que solo el Espíritu puede dar.

En el día señalado, fue llevada al patíbulo, junto con otros condenados. No había defensa ni apelación, solo la certeza de la muerte. Pero Juana no se quebró. Mientras las llamas ascendían, no se oyó grito de terror, sino cánticos de alabanza. Su rostro, iluminado por el fuego, parecía más lleno de gloria que de dolor. Ella murió como vivió: con sencillez, firmeza y fidelidad. Su historia no adornó las portadas, pero fue inscrita en el libro de los fieles, aquellos de quienes el mundo no era digno.

En la ciudad de Oxford, dos hombres se abrazaban sabiendo que aquel sería su último día en la tierra. Nicholas Ridley y Hugh Latimer, ambos líderes de la Iglesia reformada, habían sido arrestados por rechazar doctrinas que consideraban contrarias a las Escrituras. No se trataba de un debate teológico entre catedráticos, sino de un conflicto entre

la verdad revelada y los poderes del sistema religioso imperante.

Mientras eran atados espalda contra espalda, Ridley temblaba, no tanto de miedo sino por el peso del momento. Entonces Latimer, de avanzada edad y espíritu ardiente, rompió el silencio con palabras que quedarían grabadas para siempre: *“¡Sé animoso, Maestro Ridley, y muéstrate hombre! Hoy encenderemos una vela en Inglaterra, por la gracia de Dios, que nunca se apagará...”*

El fuego se encendió y las llamas subieron. Pero antes de que sus cuerpos se consumieran, ya el fuego del Espíritu había encendido algo más profundo: una luz que recorrería los siglos, inspirando a generaciones a no temer a quienes matan el cuerpo, sino a vivir para Aquel que guarda el alma de manera eterna.

Y en medio de aquel mismo tiempo oscuro, se alza la figura de Anne Askew, una dama noble de rostro sereno y convicciones inquebrantables. Había abrazado la fe reformada y, siendo mujer, no solo la vivía sino que la escribía. Sus himnos y devocionales corrían entre las manos de quienes buscaban consuelo en tiempos de confusión. Pero su influencia molestaba a las autoridades.

Fue arrestada y llevada a la Torre de Londres. Allí fue sometida a torturas inhumanas, colgada por los brazos y estirada con violencia, con el objetivo de arrancarle nombres,

traiciones o negaciones. Sin embargo, ella estaba determinada a no decir absolutamente nada.

Cuando llegó el día de su ejecución, no podía caminar por sí misma. Fue llevada a la hoguera en silla, sus huesos estaban rotos y dislocados, pero su corazón estaba intacto. En el momento final, con voz débil pero firme, expresó lo que había escrito tiempo antes: *“Mejor es morir por la verdad que vivir en la mentira.”* Las llamas que la envolvieron no silenciaron su voz, sino que la multiplicaron. Su vida, tan frágil y tan poderosa, sigue siendo un eco del llamado de Jesús a seguirle sin volver atrás.

Estas y otras historias del libro me conmovieron hasta las fibras más íntimas de mí ser. Recuerdo que en ese tiempo en que leí el libro de los mártires, yo era un insipiente evangelista que vivía en Buenos Aires y que ya visitaba muchas congregaciones diferentes para predicar el Evangelio, pero en esa época, como es habitual, el mensaje estaba enfocado en incentivar a los cristianos para la acción comprometida.

Yo trabajaba a la par del pastor y, por tal motivo, conocía la necesidad que había de un compromiso mayor de parte de la gente. Este libro, tan conmovedor pero a la vez tan desafiante, me sacó un poco de mi eje, y me tomó tiempo volver a encontrar el equilibrio espiritual, porque leyendo las historias de hermanos que murieron torturados por el Evangelio, no podía más que compararlas con la pasividad

que mostraban los hermanos de ese entonces, y eso me enardecía demasiado.

En algunas ocasiones, le dije a la Iglesia, conmovido hasta las lágrimas: “Amados, hace años hubo hermanos nuestros que, por conservar y vivir la verdad, fueron encarcelados, torturados y asesinados. Sin embargo, no claudicaron en su fe... Incluso hoy en día, en algunos lugares del mundo, este aberrante hecho sigue ocurriendo... No es posible que entre nosotros no haya compromiso verdadero, entrega y rendición al señorío de Jesucristo...”

Bueno, esto no caía muy bien a los hermanos, pero yo no podía contener mi indignación ni mi pasión por transmitir esa realidad. Nunca he dejado de recordar esas historias, y nunca he podido despegarme de ellas, porque siempre pienso que estos hermanos estuvieron bajo la mirada de nuestro Padre celestial, y me produce vergüenza que ellos hayan sido tan fieles y entregados, y que nosotros hoy, con todo a favor y sin restricciones, estemos poniendo excusas o discutiendo tonterías.

Perdón por esta sinceridad, pero en ocasiones tengo la sensación de que estamos perdiendo demasiado tiempo en tratar de convencernos a nosotros mismos de que debemos comprometernos con el Reino. Creo que hoy en día hay demasiados hermanos más enfocados en sus intereses personales que en expresar la vida de Cristo. Hay demasiados hermanos tratando de utilizar la gracia del Señor solo para su

propio beneficio, pero no comprenden la necesidad de actuar en este tiempo como verdaderos embajadores del Reino.

Jesús no pretendió ser un héroe inalcanzable. Fue el modelo perfecto de humanidad rendida al Espíritu. Y si somos sus discípulos, si decimos seguirle, no podemos buscar una unción cómoda ni una vida cristiana sin precio. Ser ungidos implica caminar como Él caminó: con propósito claro, con obediencia firme, con fidelidad hasta el final. Nos toca mirar su ejemplo y preguntarnos: ¿estamos dispuestos a afirmar nuestro rostro hacia la voluntad de Dios, aunque nos cueste todo? ¿O preferimos una espiritualidad sin compromiso?

La determinación del Ungido es un llamado para esta generación. No es tiempo de cristianos tibios ni de siervos vacilantes. Es tiempo de hombres y mujeres llenos del Espíritu, con la mirada fija en el Autor y Consumador de la fe. Como dijo el apóstol Pedro, fuimos ungidos para “seguir sus pisadas”. Y esas pisadas no nos llevan por caminos fáciles, pero sí por caminos seguros, caminos que terminan en victoria, aun cuando pasen por el sufrimiento.

Que al mirar a Cristo, “el Ungido determinado”, el corazón nos arda de pasión santa. Que deseemos más que emoción, más que dones, más que momentos efímeros. Que deseemos vivir como vivió Él: con firmeza interior, con obediencia radical, con amor perseverante. Porque si seguimos a Jesús, no encontraremos un motivo más digno para ser consumidos.

Entiendo perfectamente que los tiempos han cambiado. Vivimos en una era de inmediatez, donde la cultura empuja hacia lo superficial, lo cómodo y lo temporal. Todo está al alcance de un clic, y todo parece negociable. Las decisiones se toman a la ligera, y la perseverancia parece una virtud en extinción.

Sin embargo, en medio de esta generación líquida y volátil, el ejemplo de Jesucristo resplandece como una antorcha encendida. Su determinación no pertenece a una época lejana y romántica, sino que es una enseñanza urgente y viva; no es una utopía, es una realidad para todo aquel que decida creer.

Hoy más que nunca, necesitamos creyentes determinados. No se trata solo de asistir a una iglesia o de levantar las manos en adoración. Se trata de permanecer firmes en la verdad, de vivir con una dirección clara, de obedecer aun cuando el mundo se burla, de seguir caminando cuando otros se detienen. La determinación del Ungido nos enseña que la fe auténtica no es pasiva ni indecisa. Es una fe que actúa, que resiste, que avanza aunque el viento sea contrario.

En un mundo que redefine constantemente lo bueno y lo malo, donde los valores eternos son ridiculizados y la fe cristiana es cada vez más marginada, ser determinados ya no es una opción, sino una necesidad. Y esa determinación no nace del carácter humano, sino del Espíritu Santo. Es una

gracia que Dios concede a quienes están dispuestos a seguir el modelo de Jesús.

Hay jóvenes que comienzan su caminar con entusiasmo, pero abandonan ante la presión social. Hay matrimonios cristianos que se rinden al primer conflicto y deciden divorciarse, sin entender que el amor también es una decisión perseverante. Hay líderes que abandonan sus llamados por cansancio o falta de reconocimiento. Hay padres que dejan de orar por sus hijos porque no ven resultados inmediatos. A todos ellos, la vida de Cristo les habla con ternura y firmeza: “Sigam caminando. Afirmen sus rostros y no retrocedan...”

En nuestros días, muchos desean ser usados por Dios, pero pocos están dispuestos a pagar el precio. Se quiere la unción, pero no el compromiso. Se anhela la autoridad espiritual, pero no se soporta el proceso. Por eso, mirar a Cristo no solo nos inspira, nos sacude. Nos llama a una vida cristiana de convicciones profundas, no de emociones fluctuantes.

No será fácil. Nunca lo ha sido. El camino de la cruz siempre ha sido estrecho, pero está lleno de gloria. Cada paso en obediencia trae madurez. Cada renuncia por amor a Dios fortalece el alma. Cada día que decides seguir al Señor aunque nadie te aplauda, es un día en que el cielo te observa con agrado.

En las redes sociales, todo parece inmediato: una imagen, un video, una opinión... todo cambia en segundos. Pero los procesos de Dios siguen siendo eternos. Él forma a sus hijos en el desierto, en la prueba, en la perseverancia. La determinación de Cristo no fue popular, pero fue poderosa. Y lo será en nosotros, si caminamos como Él caminó.

¿En verdad queremos permanecer firmes, siendo que los valores del Reino están cada vez más cuestionados? Bueno, necesitamos “determinación”. ¿Queremos criar hijos que amen a Dios en medio de una generación confundida? Necesitamos “determinación”.

¿Queremos servir en el Reino con fidelidad y pureza en medio del desánimo y la crítica? Necesitamos “determinación”. ¿Queremos cumplir el llamado que arde en nuestro espíritu aunque todos nos digan que no es posible? Entonces permitamos que el Espíritu Santo nos otorgue determinación espiritual, porque la misma unción que estuvo sobre Cristo también nos capacitará con una firmeza sobrenatural que procede del cielo.

La determinación cristiana no es un esfuerzo ciego. Es una convicción iluminada por la verdad. No es un orgullo disfrazado, sino una humildad firme que nos impulsa a decir: *“He decidido seguir a Cristo, y no puedo por ningún motivo volver atrás”*. Es levantarse cada día, tomar la cruz y seguir adelante, no porque todo esté bien, sino porque sabemos en quién hemos creído.

Así como Jesús afirmó su rostro para ir a Jerusalén, nosotros podemos afirmar nuestro corazón para vivir la voluntad de Dios. Podemos ser creyentes firmes en un mundo inconstante. Podemos ser una luz que no se apaga por nada. No necesitamos las fuerzas del mundo; necesitamos la unción del Espíritu. No necesitamos la aprobación de todos; solo necesitamos el respaldo del Padre en la vida del Hijo.

Esta generación no necesita más cristianos fluctuantes. Necesita hombres y mujeres ungidos con determinación. Determinados a amar, a perdonar, a predicar, a orar, a servir, a resistir la tentación, a vivir en santidad, a no ceder ante el espíritu de esta época. Debemos estar determinados a seguir a Cristo, como Él estuvo determinado a salvarnos a nosotros.

Y si alguna vez el camino se nos vuelve oscuro, si la soledad nos visita, si el cansancio nos abrumba, debemos recordar el rostro del Ungido, la historia de los ungidos determinados que caminaron resueltos hacia el propósito, fuera una cruz, una hoguera o una guillotina. Ellos no se detuvieron. Ellos no retrocedieron. Jesús fue el ejemplo de todos sus hijos. Algunos lo siguieron hasta una muerte atroz; nosotros debemos seguirlo con la misma pasión, y con más razón si gozamos de valiosas libertades.

Que el ejemplo de Jesús y de los mártires de antaño no sea solo una inspiración, sino una dirección. Que al mirar a Cristo, el Ungido con determinación, y al mirar a nuestros hermanos en sus admirables determinaciones, algo en nosotros se encienda. Que seamos creyentes con propósito

eterno, con convicciones profundas, con firmeza interior. Porque el mundo puede cambiar, pero el llamado sigue siendo el mismo:

“Mientras iban de camino, un hombre dijo a Jesús: Señor, deseo seguirte adondequiera que vayas. Jesús le contestó: Las zorras tienen cuevas y las aves nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza.

Jesús dijo a otro: Sígueme. Pero él respondió: Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre. Jesús le contestó: Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú ve y anuncia el reino de Dios.

Otro le dijo: Señor, quiero seguirte, pero deja que primero me despida de los míos. Jesús le contestó: El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no sirve para el reino de Dios.”

Lucas 9:57 al 62 DHH



Capítulo cinco

LA DETERMINACIÓN APOSTÓLICA

“Hermanos, no pienso que yo mismo lo haya logrado ya. Más bien, una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús.”

Filipenses 3:13 y 14

Como hemos visto, no hay mayor testimonio de determinación que aquel sellado con sangre. La historia de Jesús, de los apóstoles, esos primeros testigos del Cristo resucitado, y de los mártires registrados en la historia, es una travesía marcada por la entrega total, la fe sin doblez y una decisión tan firme que ni la muerte pudo quebrantarla. Hoy, en la mayoría de los países, gozamos de libertad; nuestra mayor muerte es la del “yo” para comprometernos, así que deberíamos tomar nota y activarnos.

En el caso de los apóstoles, todo comenzó con una simple invitación: ***“Venid en pos de mí...”*** Fue una voz que

los alcanzó en lo cotidiano. Redes mojadas, mesas de impuestos, paisajes polvorientos, vidas comunes y caminos intrascendentes. Sin embargo, con un llamado especial, un llamado sin garantías ni seguridades, pero lo suficientemente creíble como para dejar atrás sus ocupaciones, sus familias y sus planes.

Los apóstoles abandonaron todo por Aquel que les prometió hacerlos pescadores de hombres. Y no se equivocaron. Su obediencia les costó la vida, es verdad, pero su ejemplo se convirtió en una antorcha que jamás se apagó para millones de personas en el mundo.

Los discípulos no fueron escogidos por su brillantez intelectual ni por su influencia social. Eran hombres comunes, pero dispuestos. Temieron, dudaron, huyeron... y sin embargo, regresaron. Después de la resurrección y especialmente tras Pentecostés, aquellos hombres débiles fueron transformados en testigos valientes, predicadores ardientes y mártires decididos. Habían sido llenos del Espíritu Santo, y ahora vivían para una causa mayor que ellos mismos. Su determinación no era terquedad humana, sino fuego celestial encendido en sus entrañas.

No predicaban ideas, sino a una Persona. No defendían una institución, sino un Reino. Y ese Reino tenía un Rey que había vencido a la muerte. Por eso, cuando los persiguieron, ya estando llenos del Espíritu Santo, no se escondieron; cuando los golpearon, no retrocedieron; cuando les prohibieron hablar, respondieron con convicción: **“Es**

necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”
(Hechos 5:29).

El mensaje que portaron no era cómodo ni su camino seguro, pero estaban dispuestos. Cada uno, en diferentes tierras y circunstancias, abrazó la cruz con la misma pasión con la que abrazaron al Maestro en los días de Su carne. Es verdad que ante la obra de la cruz no supieron cómo reaccionar; ellos tuvieron miedo, lo negaron, huyeron, se escondieron. Pero es fácil criticarlos ahora. ¿Acaso estamos seguros de cómo hubiésemos actuado nosotros?

Debemos comprender que ellos habían sido activados con la autoridad del Maestro, pero nunca habían sido llenos del Espíritu Santo; eso solo ocurrió en Pentecostés. Entonces sí, Pedro, el pescador que una vez lo negó con temor, fue crucificado con honor, cabeza abajo, por no considerarse digno de morir como su Señor. Andrés, su hermano, fue colgado de una cruz en forma de equis y los historiadores aseguran que predicó durante horas antes de morir, con la voz quebrada pero con el espíritu encendido.

Jacobo, el primero en derramar su sangre, murió por orden de Herodes, y su ejecución encendió la llama del testimonio en Jerusalén. Juan, el más longevo, no murió por espada, pero cargó el peso del exilio y la soledad, recibiendo en Patmos la más gloriosa revelación del Reino. Felipe fue colgado en Hierápolis, y Bartolomé, el que vio abrirse los cielos sobre Jesús, murió desollado y decapitado por causa de ese mismo Nombre.

Tomás, que necesitó tocar las heridas de Jesús, llegó a la India y fue atravesado por lanzas, dejando allí una Iglesia que aún hoy lo recuerda. Mateo, el publicano redimido, murió apedreado mientras anunciaba el Evangelio en tierras lejanas. Jacobo, hijo de Alfeo, fue arrojado del templo y rematado a golpes. Simón el Zelote, fervoroso desde antes de conocer a Cristo, murió en Persia, y Judas Tadeo, su compañero, cayó junto a él. Matías, el que ocupó el lugar de Judas Iscariote, también encontró el martirio como final de su llamado.

Cada uno de ellos fue testigo no solo de Cristo, sino del poder transformador del Espíritu. Lo que los sostuvo no fue una estrategia humana ni una fuerza de voluntad descomunal, sino la presencia viva del Ungido en sus corazones. Ellos habían sido marcados para siempre. El miedo no desapareció, pero ya no tenía poder sobre ellos. La muerte no dejó de ser real, pero había perdido su aguijón. El mundo no se volvió más amable, pero ellos se volvieron más valientes.

No vivieron para su propio nombre, ni murieron por defender una ideología. Su causa era eterna. Su legado no fue escrito en mármol, sino en los corazones de millones de creyentes que, hasta hoy en día, son fortalecidos por sus ejemplos de determinación. En esa época no había medios digitales ni televisión para tratar de trascender popularmente. Fueron hombres que no persiguieron nada para sí, pero que lo dieron todo para el Reino.

Tal vez hoy en día no se nos pida entregar la vida en sentido físico, pero sí se nos llama a vivir con la misma entrega, a caminar con la misma pasión, a no retroceder ante la oposición. El Evangelio sigue siendo confrontativo, sigue siendo rechazado y sigue necesitando testigos decididos.

En un tiempo donde la fe se negocia, la verdad se diluye y la fidelidad se torna escasa, el Señor busca hombres y mujeres con determinación apostólica, que sean firmes, llenos del Espíritu Santo y dispuestos a perderlo todo por amor a Él.

No se trata de morir por Cristo, sino de vivir para Él con la misma intensidad con la que los apóstoles murieron. Se trata de no callar, de no huir, de no claudicar. De caminar en la unción que nos capacita para resistir, amar, predicar y avanzar. Se trata de decir, con la vida y con la muerte, que Jesús sigue siendo digno.

De hecho, la historia aún se está escribiendo. Y el cielo sigue buscando testigos. Espero con ansiedad que se pueda decir de nosotros que hemos sido una generación que tuvo que enfrentar un cambio social y cultural como ninguna otra, pero que pudo por la fe, centrarse y enfocarse en las demandas del Reino más que en las demandas del sistema.

Ruego a Dios que podamos ser una generación resistente a la influencia cultural, a la revolución digital y al perverso avance de las tinieblas. Que podamos actuar con absoluta determinación para la gloria del Padre.

Por supuesto, cuando hablamos de determinación apostólica, no podemos olvidarnos de Pablo, quien, por causa de sus muchos escritos y de su obra tan reveladora, ha generado en nosotros una empatía y admiración muy especial. Bueno, al menos eso es lo que me ocurre a mí: lo admiro mucho de verdad.

En el corazón de ese hombre ardía un fuego que ni las prisiones, ni los azotes, ni las amenazas de muerte pudieron apagar. Su vida fue una marcha constante hacia la voluntad de Dios, una carrera que no abandonó, una batalla que no rehusó. Desde el día en que cayó a tierra camino a Damasco hasta el momento en que su cuello fue ofrecido a la espada romana, Pablo vivió como un hombre poseído por una causa mayor que la vida misma: cumplir su ministerio y agradar a Aquel que lo había llamado.

No fue uno de los doce. No conoció a Jesús en los días de su carne. De hecho, fue enemigo de la Iglesia, perseguidor feroz, testigo de sangre derramada. Pero el amo de la Gracia, que elige lo vil para avergonzar a lo fuerte, lo alcanzó con una luz que lo dejó ciego para el mundo, pero lo hizo ver con claridad celestial. A partir de ese momento, Pablo no vivió más para sí. De hecho, todo lo que anteriormente había considerado como ganancia, lo tuvo por pérdida por amor a Cristo.

Su determinación nació en el polvo del camino, pero creció bajo el peso de la cruz. Desde el principio entendió que el llamado apostólico no era un sendero de gloria

humana, sino de padecimientos por amor al Nombre. Cuando Ananías, temeroso, fue enviado a imponerle las manos, el Señor le dijo: ***“Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre”*** (Hechos 9:16). Pablo conocía el precio y lo pagó con gusto hasta el último día de su vida.

Su determinación no era obstinación natural. No era simplemente terquedad de carácter o temple intelectual. Era un sello del Espíritu, una convicción profunda que lo impulsaba a seguir aun cuando todo parecía perdido. Era el eco constante de una Voz que le había dicho: ***“Levántate, ve y predica”***.

Pablo viajó por ciudades y desiertos, cruzó mares, enfrentó multitudes y se paró ante reyes. Fundó iglesias, corrigió errores, sufrió traiciones, escribió cartas bajo cadenas. Y en cada lugar, en cada etapa, repetía como un credo: ***“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo”*** (Hechos 20:24).

No fue un hombre sin heridas. Fue apedreado hasta quedar medio muerto. Fue azotado cinco veces con cuarenta menos uno. Tres veces naufragó. Pasó hambre, frío, soledad. Fue perseguido por los de afuera y traicionado por los de adentro. Y sin embargo, nunca se desvió, nunca se rindió, nunca retrocedió. Su determinación no dependía de las circunstancias, sino del propósito eterno que lo guiaba.

Aun en la cárcel, su espíritu no estaba preso. Desde las mazmorras escribió palabras que siguen liberando almas hasta hoy. En sus últimos días, ya sabiendo que la muerte era inminente, escribió a Timoteo no con lamento, sino con triunfo: ***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”*** (2 Timoteo 4:78). Estas no fueron palabras románticas, sino el resumen de una vida consumida por la fidelidad y un aliento para nosotros también.

Pablo no buscó ser recordado. No edificó su nombre, sino que lo gastó. No pidió reconocimiento, sino que se vació en servicio. Su meta no era la fama, sino la obediencia. Por eso escribió con toda autoridad espiritual: ***“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”*** (1 Corintios 11:1). ¿Y qué fue lo que sostuvo esa determinación hasta el final? No fue su conocimiento, aunque lo tenía. No fue su linaje judío ni su formación farisaica. Fue la gracia que lo encontró, la unción que lo llenó y el amor de Cristo que lo conmovió y lo sostuvo:

“Si estamos locos, es por Dios; y si estamos cuerdos, es por ustedes. El amor de Cristo nos obliga, porque estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron.

Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado.”

2 Corintios 5:13 al 15 NVI

Para Pablo, vivir era Cristo, y morir era ganancia. Su vida no fue una sucesión de éxitos humanos, sino una ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Murió en Roma, decapitado por orden de Nerón, pero su voz sigue resonando. No en los palacios de este mundo, sino en cada alma que arde por cumplir su propósito, que no se conforma con sobrevivir, sino que anhela terminar la carrera como él lo hizo: con gozo, con fidelidad, y con determinación.

La Iglesia hoy necesita volver a esa clase de fuego. No basta con pasión emocional; se requiere propósito eterno. No basta con comenzar bien, se necesita terminar bien. Pablo no fue un superhombre; fue un hombre común transformado por un llamamiento divino. Su fuerza fue la gracia. Su sustento, la Palabra. Su motor, el amor a Dios y la revelación de su Reino.

Que el Espíritu que lo sostuvo nos sostenga a nosotros. Que su ejemplo no solo nos inspire, sino que nos sacuda. Que vivamos como él vivió: determinados a agradar a Dios, determinados a cumplir nuestra asignación, determinados a ser fieles hasta la muerte, sabiendo que hay una corona de justicia esperándonos, la cual el Señor, el justo juez, dará no solo a Pablo, sino a todos los que aman su venida.

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.”

Hechos 20:24

La determinación de los apóstoles no es un relato que deba archiversse en el pasado como una historia heroica, sino una llama viva que aún hoy nos interpela. Sus vidas, sencillas y frágiles como las nuestras, fueron transformadas por una convicción tan poderosa que ni el desprecio de las multitudes, ni los azotes de los enemigos, ni la sombra de la muerte pudieron silenciar sus voces ni apagar su fe. No sirvieron por impulso, ni vivieron para sí mismos.

Cada paso que dieron estuvo marcado por la urgencia del Reino y por una certeza interior: que Aquel que los había llamado era digno de todo. Por eso, cuando fueron amenazados, siguieron predicando; cuando fueron perseguidos, siguieron sirviendo; y cuando fueron entregados a la tortura, siguieron adorando hasta la muerte.

Hoy, en un tiempo tan distinto en forma pero tan semejante en esencia, la Iglesia se encuentra ante el mismo llamado. No hay látigos ni cruces visibles, pero sí burlas, indiferencia, tentaciones sutiles y una cultura que presiona para que la fe se calle, se esconda o se amolde al sistema. Y en medio de este mundo cambiante, se necesita una determinación que no sea fruto del entusiasmo pasajero, sino del fuego eterno del Espíritu Santo.

No se trata de buscar aplausos ni seguridad, sino de vivir para el propósito por el cual fuimos alcanzados. Así como aquellos hombres simples vivieron con el corazón encendido por la verdad del Evangelio, así también hoy debemos abrazar una fe que no avergüence, una obediencia

que no se negocie y una esperanza que no nos permita retroceder.

No es suficiente admirar a los apóstoles desde la distancia; debemos imitarlos con decisión. Su valor no nació de la ausencia del miedo, sino de la presencia de Cristo en ellos. Su fidelidad no se forjó en la calma, sino en la tormenta. Y su determinación no surgió de una voluntad humana obstinada, sino de una rendición profunda y total a la voluntad de Dios.

En cada generación hay desafíos, y en cada época voces que intentan apagar el testimonio de la verdad. Pero también, en cada generación, Dios levanta testigos decididos, personas comunes que deciden vivir con firmeza, caminar en santidad, servir con entrega y hablar con autoridad. No necesitamos una fe más cómoda, sino más firme. No necesitamos un cristianismo de conveniencia, sino una vida de convicción. No una Iglesia temerosa del rechazo, sino una Iglesia llena de amor y valor para proclamar lo que arde en el corazón de Dios.

La determinación apostólica no es un recuerdo; es un llamado vivo. Nos invita a dejar la tibieza, a levantar nuestra voz, a resistir con mansedumbre, a perseverar en la oración, a servir sin cansarnos, a vivir como si el regreso de Cristo fuera inminente, porque los tiempos que vivimos aumentarán en maldad y seguramente buscarán azotarnos con gran hostilidad.

Que nuestros días no sean contados por lo que logramos, sino por lo que obedecemos. Que nuestra fe no sea medida por nuestras palabras, sino por nuestra fidelidad. Que nuestro testimonio no sea una fachada de religiosidad, sino una vida escondida en Cristo, plena en amor, firme en la verdad y decidida a vivir para la gloria de Dios hasta el último suspiro. Quizás no nos toque morir por Cristo, pero sí nos toca vivir por Él con la misma pasión, entrega y determinación que aquellos apóstoles de la Iglesia pionera.

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor... y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.”

2 Timoteo 4:7 y 8

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

1 Corintios 15:58



Capítulo seis

LOS ENEMIGOS DE LA DETERMINACIÓN

“Bienaventurado el que persevera bajo la prueba, porque al haber resistido la prueba, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que lo aman.”

Santiago 1:12

La vida del creyente no es un camino libre de obstáculos. No basta con haber sido ungidos por el Espíritu Santo; también debemos andar con firmeza, con decisión y con la mirada fija en Aquel que nos llamó.

La determinación, esa fuerza interior que nos impulsa a obedecer a Dios sin volver atrás, no camina sola. Tiene enemigos, opositores que se levantan como gigantes para impedirnos avanzar. El cristiano determinado debe aprender no solo a reconocerlos, sino también a enfrentarlos con armas espirituales y con un carácter forjado en la presencia de Dios.

Uno de los enemigos más comunes y silenciosos es el temor. Se presenta disfrazado de prudencia, de análisis

racional o de precaución, pero su raíz es la inseguridad y la falta de confianza en Dios. El temor paraliza los pies del llamado, nubla la visión y debilita el corazón. Nos hace preguntar: “¿Y si fracaso?”, cuando deberíamos afirmar: **“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).**

El temor al fracaso es una sombra que muchos llevan a cuestas. No es que carezcan de sueños o convicciones; les atterra equivocarse. La posibilidad del error se vuelve más grande que la certeza del llamado, y terminan enterrando su talento por miedo a ser juzgados, rechazados o simplemente por no alcanzar lo que imaginaron. Pero el fracaso no es enemigo del propósito; es maestro de humildad, y quien camina con Dios sabe que incluso las caídas pueden ser parte del plan, siempre y cuando se atrevan a levantarse y vencerlas.

La determinación muere en el corazón de aquellos que temen avanzar, que escuchan más la opinión de los demás que la Palabra de Dios. El antídoto contra el temor es la fe nacida de la comunión con el Señor, es escuchar Su voz y avanzar, aunque tiemble la tierra bajo nuestros pies.

Junto al temor camina la apatía. No se presenta con gritos ni resistencias abiertas, sino con la indiferencia fría que adormece el alma. La apatía es el letargo espiritual que roba el fuego de la pasión, que convierte la obediencia en rutina y el llamado en una carga pesada de llevar.

La apatía espiritual llega cuando el alma se desconecta del fuego de la presencia de Dios. Quien antes corría, ahora camina. Quien antes oraba con lágrimas, ahora repite palabras vacías. El corazón se enfría, no por falta de conocimiento, sino por pérdida de intimidad. Cuando falta pasión, también falta determinación, porque nadie puede sostenerse solo con esfuerzo humano.

Los ungidos con determinación deben vigilar su interior con humildad, pues muchas veces esta apatía nace del descuido en la oración, de una relación superficial con la Palabra, o del cansancio acumulado que nunca se presenta ante el altar de Dios. Solo el aceite fresco del Espíritu puede volver a encender el fuego en el corazón fatigado. La apatía se combate con búsqueda, con adoración genuina, con volver al primer amor.

El desánimo es otro enemigo feroz. Ataca especialmente a quienes han sembrado con lágrimas y aún no han visto la cosecha. Es el susurro persistente que dice: “No vale la pena”, “Nadie te apoya”, “Esto no está funcionando”. El desánimo debilita la columna vertebral de la determinación. Por eso el apóstol Pablo exhortaba con tanta firmeza: ***“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”*** (Gálatas 6:9).

El desánimo persistente es como un goteo constante en el corazón. No llega por una sola caída, sino por la acumulación de luchas, decepciones, oraciones no contestadas y sueños postergados. Es ese susurro que dice:

“Esto no vale la pena”. Pero el alma determinada aprende a hablarse a sí misma, como el salmista que escribió: *“¿Por qué te abates, oh alma mía? Espera en Dios Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío”* (Salmo 42:5). Aun en la oscuridad, quien persevera verá la poderosa luz de Dios.

El desánimo no se combate con motivación pasajera, sino con una esperanza firme, generada por la revelación de que Dios es fiel para terminar lo que ha comenzado. Es en los momentos de mayor oscuridad cuando se revela la autenticidad del llamado y de los planes divinos para nuestras vidas.

Pero no todo enemigo proviene del interior. La crítica externa, muchas veces injusta o malintencionada, también busca frenar al que ha decidido avanzar. Quien determina seguir el camino de Dios se expone al juicio de quienes no entienden su obediencia. Jesús fue criticado, los apóstoles fueron cuestionados, los profetas siempre han sido perseguidos y los hijos de Dios escarnecidos.

La crítica duele, especialmente cuando viene de personas cercanas, pero no debe detenernos. El ungido con determinación escucha la voz del cielo por encima de los ecos de la tierra. La verdadera dirección no nace de la aprobación humana, sino de la convicción divina.

La crítica destructiva tiene un filo sutil. No solo hiere; muchas veces siembra dudas. Quien vive para obedecer a

Dios será criticado, especialmente por aquellos que prefieren una fe pasiva y sin riesgos. Pero la voz del que nos llamó debe ser más fuerte que cualquier otra. Si Jesús fue acusado injustamente, ¿por qué esperar nosotros una aprobación unánime? El que sigue la verdad debe aprender a soportar la murmuración sin desviar su rumbo.

La comparación que nos hace sentir insuficientes es otro enemigo de la determinación, porque algunos hermanos dan demasiada trascendencia a la opinión de otros y, sin querer, les otorgan un lugar de gobierno en sus vidas. Cualquiera podría negar esto, pero en realidad, cuando nos comparan con personas con mayores logros o de gran éxito, la frustración puede alcanzar a muchos y eso, sin dudas puede afectar todo lo que hagan.

La falta de resultados inmediatos, que pone a prueba nuestra paciencia, es otro enemigo de la determinación. Una característica notable de la sociedad actual es la impaciencia para alcanzar logros. Se ofrecen cursos rápidos para todo, servicios veloces y eficientes, éxito instantáneo y fama exprés, pero con el Señor no funciona así. Quien no comprende los tiempos de Dios puede frustrarse y abandonar, sin darse cuenta de que solo debe esperar con determinación.

La presión social que empuja a abandonar el camino estrecho es otro enemigo de la determinación. Todos, en mayor o menor medida, buscan apagar la llama que arde en el corazón del enviado por Dios. Pero no debemos olvidar que cada oposición es también una oportunidad para crecer,

para afirmar nuestras raíces y para demostrar que la unción que llevamos no es una emoción pasajera, sino una convicción sellada por el Espíritu Santo.

La victoria sobre estos enemigos no se logra con voluntad humana ni con estrategias terrenales. Se vence en comunidad, rodeados de hermanos con fe que pueden acompañarnos orando, avivando nuestra pasión, exhortándonos y guiándonos hacia una determinación efectiva.

Todos los enemigos de la determinación pueden ser vencidos si nos sumergimos en la Palabra de Dios, esa espada que no solo corta, sino que también sana. Se vencen caminando bajo la dirección del Espíritu, día tras día, paso a paso, sin adelantarse ni retroceder, sino siendo guiados como hijos obedientes. Quien permanece en el Señor, aunque enfrente vientos contrarios, será como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre.

“Dios fortalece al cansado y acrecienta las fuerzas del débil. Aun los jóvenes se cansan, se fatigan, y los muchachos tropiezan y caen; pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán.”

Isaías 40:29 al 32 (NVI)

Ser ungido con determinación no es simplemente tener fuerza de voluntad. Es tener la certeza de que fuimos llamados, enviados y sostenidos por Dios. Es entender que

los enemigos del alma no desaparecerán, pero no podrán derrotarnos si permanecemos en Él.

Cada obstáculo vencido fortalece nuestra fe, y cada victoria nos acerca más al propósito eterno. No temamos, no desistamos, no nos aislemos. Caminemos con firmeza, con el rostro en alto y el corazón ardiendo, porque el que nos ungió también nos sostendrá hasta el final.

Hay enemigos silenciosos que no siempre se manifiestan en lo exterior, pero habitan en los rincones del alma y se convierten en enemigos tenaces de la determinación. No todos levantan la voz como Goliat, pero cada uno representa una amenaza real a la firmeza espiritual. Reconocerlos es el primer paso para derrotarlos con la ayuda de Dios.

La duda personal es uno de esos enemigos, porque mina los cimientos de la determinación. Es la falta de seguridad en lo que uno ha recibido de Dios. A veces no dudamos de Él, sino de nosotros mismos. Nos sentimos indignos, incapaces, inadecuados. Pero la determinación no se basa en nuestras fuerzas, sino en Su gracia. Él capacita a los que llama. La duda cede cuando miramos menos al espejo y más a la cruz.

El orgullo también es enemigo de la determinación, aunque se disfraza de autosuficiencia. Quien no se deja corregir, quien no escucha consejo y quien cree tener siempre la razón terminará solo y estancado. La verdadera

determinación no es altivez, sino firmeza humilde. Quien se humilla ante Dios y sus hermanos crece con raíces profundas. El orgulloso resiste el proceso, pero el humilde avanza con gracia.

La falta de visión es otro enemigo que produce confusión. Sin una meta clara, el corazón se dispersa. Quien no sabe a dónde va, no tiene fuerza para avanzar. La visión no es solo tener sueños, es tener dirección celestial. Cuando el propósito es revelado, la determinación florece. El Espíritu Santo no unge vagabundos espirituales, sino obreros que saben para qué han sido enviados.

La comodidad es otro enemigo sutil pero letal. El deseo de no incomodarse, de evitar sacrificios y de mantener el statu quo, detiene a muchos que fueron llamados a hacer cosas grandes. La determinación exige renuncia, esfuerzo y riesgo. Quien no quiere incomodarse jamás cruzará el Jordán. La unción no es para conformistas, sino para quienes están dispuestos a dejar la barca y caminar sobre las aguas de la difícil realidad presente.

La constante comparación con otros también es un enemigo que roba la paz del alma y la confianza en el llamado personal. Mirar lo que otros hacen, logran o aparentan, hace que muchos menosprecien lo que Dios está haciendo en ellos. Cada uno tiene un camino distinto, una medida de gracia y una historia única. La determinación florece cuando aceptamos lo que somos y dejamos de competir con quienes nunca fuimos llamados a imitar.

Por su parte, el pecado no confesado es un lastre en el alma. Puede ser oculto, pequeño a los ojos humanos, pero cuando no es tratado, pesa más que una montaña. La culpa apaga el gozo, la oración se vuelve fría y la autoridad se desvanece. La determinación necesita pureza, porque el Espíritu Santo no unge corazones doblegados al pecado. Pero el perdón está siempre disponible. Quien confiesa es limpiado, restaurado y puede volver a caminar con firmeza.

Otro de los enemigos fatales de esta generación es la distracción constante, ese ruido que envuelve al mundo en este siglo. La mente salta de notificación en notificación, de imagen en imagen, de tarea en tarea, y el alma se fragmenta. Quien no se disciplina pierde el foco. El enemigo no necesita hacernos caer, solo necesita distraernos. La determinación exige concentración, tiempo a solas con Dios, momentos de silencio donde el alma pueda escuchar con claridad.

Las amistades equivocadas también nos arrastran hacia el fracaso. No todas las compañías edifican. Algunos empujan a la mediocridad, al chisme, a la queja, a la tibieza. Caminar con sabios nos hará sabios, pero andar con necios nos desubica. La determinación florece en el entorno correcto. Es necesario rodearse de quienes avivan el fuego, no de los que lo apagan.

La falta de disciplina es otra grieta que con el tiempo se transforma en ruina. Orar cuando se siente, leer cuando hay ganas, obedecer cuando es fácil... Esa no es vida determinada para Dios. Quien quiere avanzar debe aprender

a vivir con hábitos santos, con ritmo espiritual, con actitudes constantes. La disciplina no esclaviza, libera. Es el terreno donde la gracia produce frutos verdaderos.

La impaciencia es otro mal de este tiempo, pues acelera procesos que necesitan maduración. Quien quiere todo ya muchas veces abandona antes de tiempo. Dios trabaja en estaciones, no en minutos. La determinación sabe esperar, sabe sembrar sin ver resultados inmediatos, sabe confiar en la obra silenciosa de Dios. La impaciencia lleva al abandono; la perseverancia, a la victoria.

Por su parte, los resentimientos y las heridas no sanadas son trampas que atan el alma al pasado y no permiten avanzar. Quien no perdona no puede progresar en el Reino; puede hacerlo en la vida natural, pero no en el Reino. Quien vive repasando lo que otros le hicieron, pierde energía para lo que Dios quiere hacer. La determinación exige ligereza de corazón. Soltar, liberar, sanar, perdonar. Quien deja atrás las heridas está listo para abrazar nuevas dimensiones en Dios.

Otro enemigo es la falsa humildad, porque quien la padece dice: “No soy digno”, pero en realidad no cree en lo que Dios puede hacer a través de él. Disfrazada de piedad, la falsa humildad esconde incredulidad. Quien fue llamado por Dios no puede esconderse tras excusas. La determinación fluye en quienes reconocemos nuestras debilidades, pero nos lanzamos por fe, porque sabemos que no se trata de nosotros, sino de Aquel que nos ungió.

La mentalidad de víctima justifica la inacción. Siempre hay algo externo que “me impide”. Siempre alguien tuvo la culpa. Esta forma de pensar destruye la iniciativa espiritual. La determinación no niega las dificultades, pero no se rinde ante ellas. Quien ha sido ungido con propósito asume responsabilidad, se levanta y sigue adelante en el poder de Dios.

El pesimismo, por su parte, es como una nube negra que bloquea la luz de la esperanza. Siempre encuentra lo negativo, siempre espera lo peor. La fe se marchita en un corazón pesimista. La determinación, en cambio, necesita una esperanza activa, una mirada que ve más allá de lo visible. En Cristo, el futuro no está lleno de miedo, sino de promesas; no hay lugar para pensar en el fracaso, a menos que no estemos entendiendo la voluntad de Dios.

Y finalmente, la incredulidad, que bajo la misma esencia del pesimismo, pretende reprobar nuestros impulsos. No me refiero a la duda, sino a la negación del poder de Dios. La incredulidad es la raíz de muchos otros enemigos. Quien no cree es porque no escucha con fe, no ora con fervor, no obedece con gozo ni espera con paciencia. Pero todo cambia cuando volvemos a confiar. Cuando creemos que Dios es quien dijo ser, que hará lo que prometió y que no nos soltará hasta terminar su obra en nosotros.

Amados hermanos, no estamos solos en esta batalla; el Espíritu del Señor nos acompaña en todo momento. El enemigo conoce el potencial de nuestra determinación, por

eso intentará sembrar temor, distraernos, apagar nuestra fe o herirnos en lo más profundo. Pero nosotros no fuimos ungidos para retroceder, sino para avanzar en Cristo.

No fuimos ungidos para escondernos, sino para brillar; no para retroceder, sino para avanzar con firmeza. Debemos examinar nuestro corazón y, bajo la luz del Espíritu Santo, identificar a nuestros enemigos internos y externos. Luego, dejar que el mismo Espíritu nos equipe con capacidades espirituales para quebrar toda oposición.

La determinación que nace en el poder del Espíritu Santo no se apaga con las tormentas. Se afirma, se levanta y avanza hacia el propósito. Dios no nos presenta metas inalcanzables; Él no es como el sistema que nos muestra espejismos de éxitos imposibles. Dios nos habla porque ciertamente hay un propósito eterno, y la fe es lo que nos conecta con Su poder para concretar nuestro rol. Por eso, nuestra determinación es tan importante.

“He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe. Por lo demás me espera la corona de justicia que el Señor, el juez justo, me otorgará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que con amor hayan esperado su venida.”

2 Timoteo 4:7 y 8 NVI



Capítulo siete

UNGIDOS CON DETERMINACIÓN

“No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos.”

Gálatas 6:9

La unción del Espíritu Santo no es un lujo espiritual ni una herencia reservada para los tiempos bíblicos. Es una verdad eterna, una realidad presente y una necesidad urgente para los creyentes que deseamos vivir con propósito en este oscuro y difícil siglo XXI.

La unción no es una experiencia emocional pasajera en una reunión de domingo; es el poder activo de Dios que nos capacita para vivir con determinación santa, día tras día, en medio de una generación que tambalea entre el desencanto y la confusión. El avance de la ciencia y la revolución digital han producido cambios que difícilmente estamos asumiendo como Iglesia.

En los primeros siglos, la opresión del sistema fue Roma; ahora es la geopolítica. La globalización ha producido un intercambio cultural, social y político como nunca antes. La Iglesia está enfrentando desafíos autoimpuestos, que tienen más que ver con el desarrollo de algunos ministerios que con la verdadera problemática global.

Da toda la sensación de que, ante la incapacidad que sentimos para encarar la verdadera problemática mundial, decidimos enfocarnos en los problemas domésticos. Sin embargo, ignorar el verdadero problema no es sabio. En este tiempo debe levantarse un liderazgo espiritual efectivo, radical y comprometido con el diseño del Reino. La única manera de permanecer firmes ante los conflictos que aumentan es equipar a la Iglesia con la sabiduría, la autoridad y el poder del Espíritu Santo.

La determinación espiritual no brota de la fuerza humana, sino del Espíritu que unge, que da forma y sostiene. Esa unción práctica se cultiva, se cuida y se alimenta con acciones concretas que nos hacen avanzar con paso firme hacia el llamado divino.

Los ungidos con determinación no son los más talentosos ni los más visibles, sino los más decididos a obedecer al Señor, cueste lo que cueste. La unción no es solo para una plataforma de culto; es para la universidad, el hospital, el congreso, la oficina, el campo misionero, el barrio, la ciudad, la nación y el mundo. La Iglesia debe expresarse en todos los estratos de la sociedad, y para hacerlo

debe tener más que panfletos evangelísticos o invitaciones a eventos musicales cristianos.

Hoy más que nunca necesitamos una generación de cristianos con metas claras y propósito. La unción nos da dirección, y esa dirección se traduce en objetivos definidos que glorifican a Dios. No se trata solo de soñar en grande, sino de alinear nuestros sueños con el Reino.

Cada meta debe tener el perfume de lo eterno y la firmeza de lo que ha nacido en oración. Reitero que los que caminan con el Espíritu no son vagos espirituales; son personas enfocadas, decididas y comprometidas. Saben a dónde van porque han oído la voz del que los llamó.

Si deseamos ser esa generación, tendremos que dejar de medir la espiritualidad solo por la asistencia a las reuniones. La vida de Reino es mucho más que eso. Se supone que lo mínimo que podemos hacer es congregarnos, pero en las reuniones solo somos impartidos; las cualidades espirituales se miden en la gestión diaria.

Tener metas personales fundamentadas en nuestros deseos no basta; necesitamos revelación del propósito divino conforme a la realidad presente. Necesitamos sabiduría para gestionar, autoridad para obrar y disciplina espiritual para manejar el poder que Dios nos otorga a través de la unción.

La determinación no es un estado emocional pasajero, es una decisión diaria. Los ungidos para este tiempo se

levantan cuando otros duermen, oran cuando otros se distraen, sirven cuando otros se excusan. Viven con intención. Renuncian a lo que no edifica. El Espíritu les guía, pero también les exige una respuesta concreta: negarse a sí mismos, tomar su cruz y perseverar hasta el fin deja de ser un slogan y se convierte en un mandamiento real, en una verdad presente, en una urgencia generacional. La unción no anula la responsabilidad, la intensifica.

La oración debe volverse una fuente inagotable de esta unción práctica. Debemos salir de la lista repetitiva de deseos personales que cada mañana expresamos a Dios en voz alta, como si Él no estuviera dispuesto a complacernos hasta que se lo repitamos mil veces.

Si no cultivamos una profunda comunión con Él, si no sabemos guardar silencio, o entender lo que significa ***“orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando con toda perseverancia...”*** (Efesios 6:18), no podremos encontrar las herramientas necesarias para avanzar con efectividad en este presente siglo malo.

No puede haber determinación real sin comunión continua con el Señor. En la oración, las dudas se disipan, el carácter se moldea, la visión se aclara. Los hombres y mujeres determinados son personas de altar, de clamor, de rodillas dobladas, o incluso de cómodo sillón, pero conectados con Dios en el espíritu.

Los ministros del Reino no buscan la fama, sino la voz de Dios. No buscan likes, sino la aprobación del cielo. En la oración nace la fuerza para seguir, incluso cuando el camino es duro. Allí se renueva la unción, allí se recupera el enfoque, y bajo esa unción se edifica al pueblo. No podemos seguir pretendiendo que la teología, por sí sola, meta al pueblo en las dimensiones de poder; necesitamos revelación y poder del Espíritu Santo.

La unción práctica se manifiesta a través de una visión clara del Reino. No vivimos para construir imperios personales, sino para extender el gobierno del Rey. Esta visión nos hace tomar decisiones valientes, nos impulsa a decir, no a lo temporal para abrazar lo eterno. Nos convierte en embajadores de un Reino invisible a los ojos naturales, pero que se hace visible cuando hay cristianos determinados, llenos del Espíritu Santo, firmes en su fe y coherentes en su andar.

No se trata solo de teorías basadas en personajes bíblicos. Hoy, en todos los rincones del planeta, hay cristianos que encarnan esta unción práctica con determinación admirable: misioneros que arriesgan su vida en países hostiles; empresarios que siembran generosamente en la obra de Dios; jóvenes que rechazan la cultura del descarte para vivir en santidad; pastores que siguen predicando la voluntad de Dios aunque nadie los aplauda; madres solteras que educan a sus hijos con fe y esperanza; líderes que perseveran aunque no vean resultados inmediatos. Todos ellos son testimonio vivo de que la unción del Espíritu

sigue activa, sigue formando y sigue impulsando a los que no se rinden.

Este siglo necesita más que buenos mensajes motivacionales: necesita vidas ungidas, determinadas, perseverantes. Necesita hombres y mujeres que no solo hablen de Dios, sino que vivan con la convicción de que fueron llamados, llenos del Espíritu y enviados para hacer la diferencia. La unción práctica para hoy es una llama que se enciende con el aceite de la obediencia, la oración, el enfoque y la fidelidad.

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano ni en vano he trabajado.”

Filipenses 2:13-16

La unción no es un fin en sí misma, sino un medio sagrado por el cual Dios nos equipa para cumplir Su propósito. El Espíritu Santo no unge por capricho ni por emoción, sino por diseño. Y ese diseño es colectivo, corporativo, eterno. Hemos sido ungidos, sí, pero no para construir reinos personales, sino para edificar el Cuerpo de Cristo y manifestar el Reino de Dios en la tierra.

Uno de los mayores errores del cristianismo contemporáneo es concebir la fe como una experiencia individualista. Pensar que la unción es solo para que podamos vivir mejor, o simplemente para que nuestros planes se cumplan, o para que nuestro ministerio brille, o para que prosperemos, es un grave error. Las Escrituras son claras:

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.”

1 Corintios 12:12

La Iglesia no es una suma de talentos sueltos. Es un organismo vivo, santo e interdependiente. Cada creyente tiene una función, cada ministerio un lugar, y cada don ha sido dado para que el cuerpo crezca sano, firme y efectivo. La unción del Espíritu es distribuida con sabiduría, y su propósito es claro: ***“a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”*** (Efesios 4:12).

Ser parte de la Iglesia es mucho más que asistir a un culto o llevar un carnet de un ministerio determinado. Es ser injertado en un cuerpo cuya cabeza es Cristo, y donde cada parte debe responder a los impulsos del Espíritu con obediencia y cooperación. La unción que recibimos no es para aislarnos ni sobresalir, sino para contribuir, servir y edificar. Cuando cada miembro funciona correctamente, la Iglesia impacta, transforma y conquista.

Esto implica una responsabilidad personal y colectiva. Cada creyente ungido debe preguntarse: ¿Estoy haciendo mi parte? ¿Estoy fluyendo en comunión con el cuerpo, o me muevo por ambición propia? ¿Uso mi unción para edificar o para controlar? La unción no autoriza el orgullo; exige humildad. No habilita la competencia; demanda unidad.

Aquí surge uno de los grandes desafíos de nuestra generación: la unidad entre ministerios y pastores. El Espíritu Santo no unge para dividir, sino para unificar. No otorga dones para levantar muros, sino para construir puentes.

Cuando los pastores se reconocen como colaboradores y no rivales, cuando los profetas sirven con amor, cuando los evangelistas se alinean con el discipulado, cuando los maestros edifican sin despreciar, y cuando los apóstoles trabajan con visión de cuerpo, entonces la Iglesia avanza con poder verdadero.

El mundo no será transformado por iglesias fragmentadas, sino por un cuerpo unido bajo la dirección del Espíritu y el señorío de Cristo. La unción es más poderosa cuando fluye entre hermanos que se aman y se honran. Donde hay unidad, Dios envía bendición y vida eterna (**Salmo 133**).

Esta unidad no es uniformidad, sino armonía: distintos miembros, un solo cuerpo; diferentes dones, un mismo propósito. Podemos congregarnos en lugares distintos, con ministerios de capacidades diversas, liturgias diferentes y cánticos especiales, pero al final, Dios solo ve a la Iglesia a

través de Cristo, y considera un solo cuerpo para manifestarse al mundo. Las divisiones y los programas son asunto humano, pero la expresión de vida es asunto divino, y ese debe ser nuestro enfoque.

Cuando cada creyente entiende su rol en el cuerpo, cuando cada ministerio camina en amor y sujeción, y cuando cada iglesia local vive en relación con otras, entonces el impacto es real. La determinación de uno fortalece a otros, las familias son restauradas porque alguien no se rindió, las iglesias crecen sanas porque sus líderes se apoyan mutuamente, y las ciudades se transforman porque la Iglesia actúa como lo que es: la luz del mundo y la sal de la tierra **(Mateo 5:13 al 16)**.

Ya no podemos darnos el lujo de vivir desconectados. Este no es tiempo de agendas personales ni protagonismos vacíos. Es tiempo de alinearnos con el cielo, de vivir como un cuerpo, de derramar nuestra unción al servicio de otros. Tiempo de determinarnos a impactar al mundo con la gracia que hemos recibido.

Amados hermanos, formamos parte de un diseño glorioso. No fuimos llamados solo a sobrevivir. Fuimos ungidos para transformar, sanar, restaurar y servir. Fuimos injertados en el Cuerpo de Cristo con un propósito eterno, y eso es glorioso. Nuestra decisión de vivir con determinación no es solo por nosotros, sino por todos los que pueden ser tocados a través de la Iglesia.

Si decidimos vivir ungidos y en completa obediencia, otros serán sanados. Si decidimos caminar con fe y perseverancia, nuestra congregación será fortalecida. Si decidimos actuar como miembros activos del cuerpo, nuestra ciudad sentirá la presencia del Reino. Porque una vida decidida puede iniciar un despertar, y una iglesia determinada puede cambiar una nación.

Este es el llamado de Dios para Sus hijos en este tiempo. Esta es nuestra hora. Que nuestra vida sea el testimonio de creyentes que entendieron que la unción no es una medalla, sino una misión. Y que el mundo vea, a través de nosotros, el poder de hombres y mujeres ungidos para impactar la tierra.

Cuando leemos el libro de los Hechos, capítulo trece, vemos a Pablo pasando de Perge y llegando a Antioquía de Pisidia junto a algunos hermanos. Entraron en la sinagoga un día de reposo y se sentaron, hasta que después de algunos alborotos le dieron la palabra a Pablo.

Entendiendo que eran judíos, Pablo comenzó a relatar la historia de Israel, hasta llegar a la vida de David, de quien dijo: ***“Dios les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero”*** (Hechos 13:22).

Este versículo es conmovedor porque recuerda lo que Dios mismo le dijo a Samuel. David es uno de los personajes

más admirados, tal como redacté en el capítulo tres. Sin embargo, lo que quiero destacar ahora, es que David, siendo un hombre conforme al corazón de Dios, estuvo determinado a hacer todo lo que Dios le ordenara y pudo caminar en su propósito hasta el final.

“Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción” (Hechos 13:36). Pablo hace referencia al **Salmo 16:10**, escrito por el mismo David, donde dice: ***“No permitirás que tu santo vea corrupción”***, aclarando que David no se refería a sí mismo, sino al Mesías, y que esta era una confirmación de que Jesús era el Mesías prometido, porque resucitó al tercer día.

Pero quiero destacar que Pablo dice que David ***“sirvió a su generación”***. Esto es extraordinario y un claro ejemplo para nosotros, porque David no solo sirvió a su familia o a su nación, sino a toda su generación. Recordemos que David fue un simple pastor de ovejas, sin mucha preparación intelectual, pero también fue un adorador, un hombre dispuesto a obedecer a Dios y siempre priorizó Su voluntad. Fue un hombre determinado.

No solo peleó con Goliat o venció a sus enemigos, sino que sufrió aflicciones profundas: la violación de su hija Tamar, la muerte de Amnón, la rebelión de Absalón, la muerte del hijo con Betsabé, y su propio arrepentimiento por el pecado. Sin embargo, nunca abandonó su propósito.

David sirvió a su generación, y su bendición ha atravesado generaciones, pues aún hoy nos deleitamos con sus Salmos y aprendemos de su vida. Su determinación fue clave para desatar tanta bendición. Hoy es nuestro tiempo, nuestra generación. Es cierto que vivimos tiempos difíciles, con cambios culturales, tecnológicos y científicos que han globalizado el mundo y causado incertidumbre, pérdida de identidad y valores.

Si deseamos que la Iglesia sea sal y luz en esta generación, debemos actuar con determinación, compromiso, unidad y un corazón alineado a la voluntad de Dios. Los tiempos cambian, pero la fórmula sigue vigente: necesitamos una iglesia que viva bajo la autoridad y el poder de la unción.

David fue rey ungido en su época, y la presencia de Dios se manifestaba en el arca del pacto dentro del tabernáculo que él edificó. Nosotros somos el cuerpo de Cristo, con el Espíritu Santo habitando en nosotros. Somos el tabernáculo santo de Dios, Su morada y presencia permanente.

No podemos comparar el pacto limitado de David con el Nuevo Pacto que disfrutamos en Cristo. Hoy tenemos más de lo que tuvo David. No debemos enfrentar gigantes con espadas, ni padecer sus crisis familiares. Solo debemos mantener comunión profunda con Dios y poner en práctica Su voluntad en la tierra.

Esto no se logra solo asistiendo a cultos dominicales, sino viviendo día a día en el poder de la unción que recibimos en Cristo. No hay excusas, no hay lugar para rendirse o abandonar, solo para tomar impulso renovado. Claudicar no es opción.

Amados, debemos ser bendición para esta generación, la Iglesia preciosa de nuestro tiempo. Es un tiempo complicado, pero tenemos la vida de Cristo, Su unción y todo lo necesario para brillar como luminare en el mundo. No permitamos que la frustración o la apatía espiritual nos atrapen. Corramos esta carrera de fe para ganar el premio del Reino. ¡Estamos ungidos con determinación!

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.”

1 Corintios 9:24 al 27



CONCLUSIÓN FINAL

***“Determinarás asimismo una cosa, y te será firme,
Y sobre tus caminos resplandecerá luz.”***

Job 22:28

Hemos caminado juntos a lo largo de estas páginas. Hemos contemplado la unción que transforma, la determinación que vence, los ejemplos que inspiran y la visión que desafía. Pero este libro no ha sido simplemente una enseñanza, sino un llamado. Un llamado a vivir una vida distinta, consagrada, decidida; un llamado a despertar del letargo espiritual, a sacudirnos la tibieza, a abrazar con firmeza el propósito eterno de Dios.

Ser ungido con determinación no es una aspiración idealista ni una meta reservada para unos pocos. Es una realidad que nace cuando el Espíritu Santo encuentra un corazón dispuesto; cuando alguien se atreve a decir: “Heme aquí, Señor, envíame a mí”. Cuando una mujer o un hombre común se rinde completamente al Rey y permite que su vida sea canal de Su poder.

La unción no fue dada para hacernos sentir importantes, sino para capacitarnos a cumplir la voluntad de Dios. Y la determinación no es terquedad humana, sino firmeza espiritual nacida de una relación profunda con el Señor. En tiempos de confusión, apostasía y presión cultural,

se necesitan creyentes con convicción; personas que no se dobleguen, que no huyan, que no negocien su identidad en Cristo.

Este libro ha querido recordarnos que podemos ser esas personas. Que, con la unción del Espíritu y una decisión firme, nuestra vida puede ser profundamente efectiva. Que nuestro hogar puede cambiar, nuestra iglesia puede ser edificada, y nuestra ciudad puede conocer a Cristo... si tan solo decidimos vivir determinados a cumplir el llamado de Su propósito.

No fuimos ungidos para escondernos. Fuimos ungidos para avanzar. No recibimos el Espíritu para vivir limitados por el temor, la duda o la pasividad, sino para vivir con poder, con amor y dominio propio; para ser testigos fieles, para perseverar hasta el fin, para edificar el cuerpo, para brillar en medio de la oscuridad, para impactar generaciones.

Ahora que hemos transitado juntos por estas páginas, no volvamos a la indiferencia. Dejemos que el Espíritu encienda nuestro interior. Decidamos vivir ungidos con determinación, no por emoción pasajera, sino por obediencia permanente; no por reconocimiento humano, sino por la gloria de Dios.

Cuando vengan los desafíos, porque seguramente vendrán, recordemos que el que nos ungió es Fiel y Verdadero; que el que comenzó la buena obra la perfeccionará hasta el fin; que no estamos solos, que somos

parte de un cuerpo glorioso, y que en nosotros habita Aquel que venció la muerte.

Vivamos como quienes han sido marcados por el cielo. Caminemos con la frente en alto, pero con el corazón rendido. No olvidemos que hemos sido ungidos... con propósito, con poder, con destino, y con determinación.

Oración Final:

Señor amado, Dios eterno, Padre de misericordia y fuente de toda verdad y justicia...

En este momento, al llegar al final de este libro, nos presentamos delante de Ti con humildad, gratitud y un corazón dispuesto...

No queremos que estas páginas sean solo palabras leídas, sino semillas que den fruto eterno en nuestra vida...

Creemos, Señor, que has hablado a nuestro espíritu; has despertado en nosotros un anhelo santo, has encendido un fuego que deseamos mantener vivo...

Gracias por recordarnos que no estamos solos, que no somos débiles si Tú nos fortaleces, que no somos insignificantes si Tu Espíritu nos sostiene en la fe de Cristo...

Gracias por el llamado que nos has extendido. No queremos vivir para nosotros mismos ni caminar sin dirección. Hoy nos determinamos, con todo nuestro ser, a vivir para la alabanza de Tu gloria...

Padre, te pedimos, en el nombre de Jesús, que Tu precioso Espíritu Santo nos ayude a sellar esta palabra en lo profundo de nuestro corazón...

Que nos llenes con Tu unción fresca, que renueves nuestra mente, que afirmes nuestro corazón y que dirijas nuestros pasos hacia Tu propósito...

Queremos una vida ungida con propósito; una vida decidida, firme, estable y comprometida; una vida que te glorifique en lo secreto y en lo público, en los días de gozo y en los días de prueba, al comienzo de la carrera y hasta el final...

Te entregamos nuestros planes, nuestros sueños, nuestros días, y abrazamos Tu voluntad...

Ayúdanos a honrar a nuestros hermanos, a caminar en unidad, a edificar Tu Iglesia y no a dividir con egoísmo. Danos amor por la Iglesia, pasión por Tu Reino y un corazón siempre sensible a Tu voz...

Haznos parte del mover que estás provocando en este tiempo, en esta generación...

Que podamos levantarnos con determinación, que nuestro hogar sea impactado por Tu presencia, que Tu Iglesia sea fortalecida por nuestro servicio y que nuestra ciudad sea alcanzada por Tu luz...

Aquí estamos, Señor. No queremos vivir según nuestras emociones, sino según Tu voluntad. No queremos rendirnos en medio de ninguna batalla; queremos perseverar hasta el fin. Llévanos más profundo y úsanos con Tu poder...

Hoy declaramos que viviremos ungidos con determinación, para la alabanza de Tu gloria, para siempre. Amén.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro de la Palabra
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

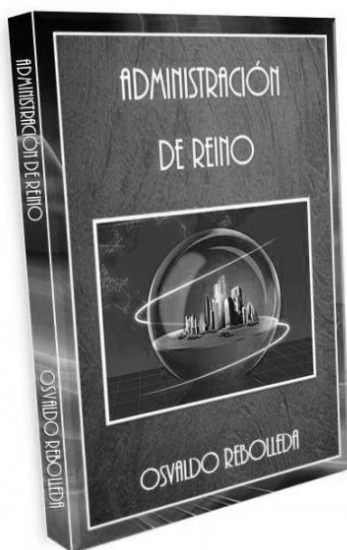
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

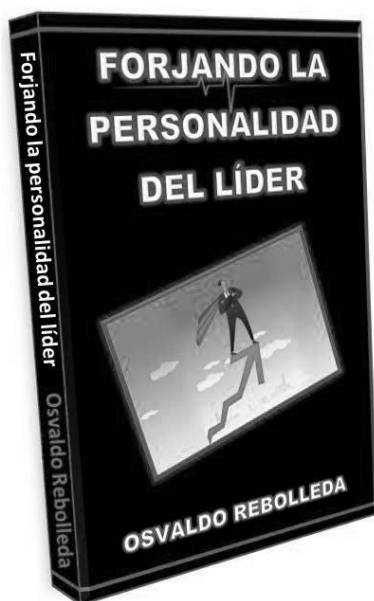
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

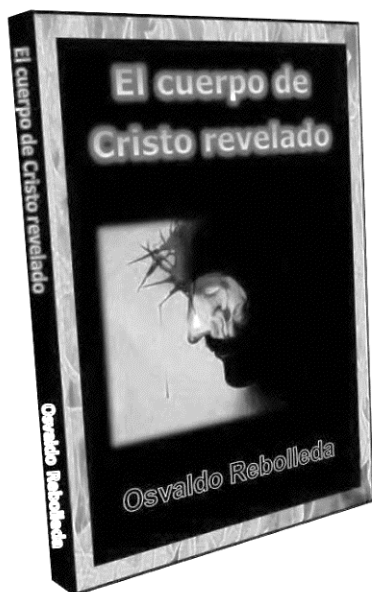
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

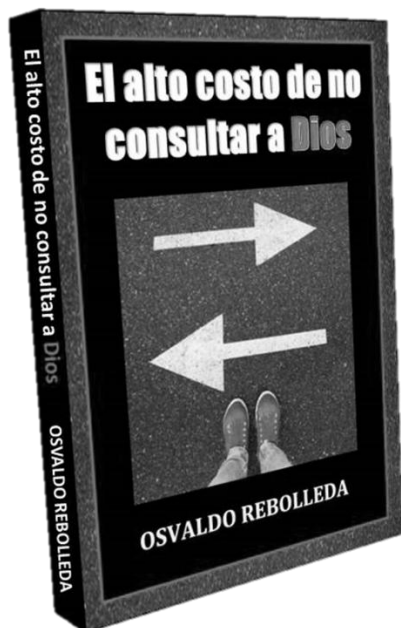


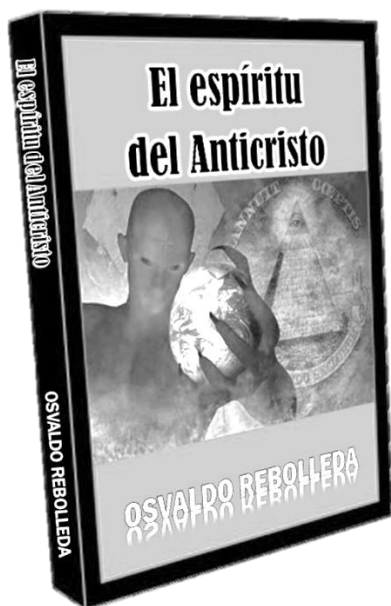
www.osvaldorebolleda.com



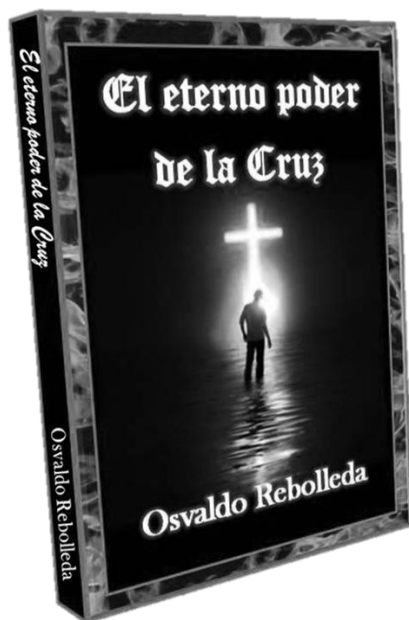
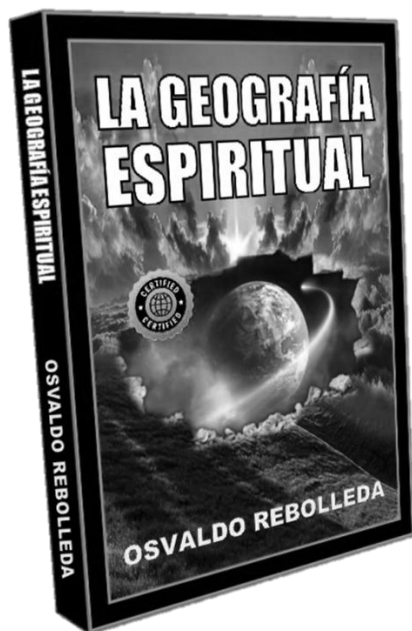


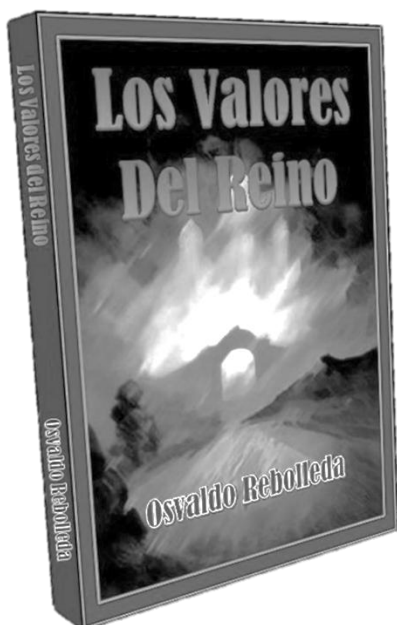
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

